EL PIRATA NEGRO

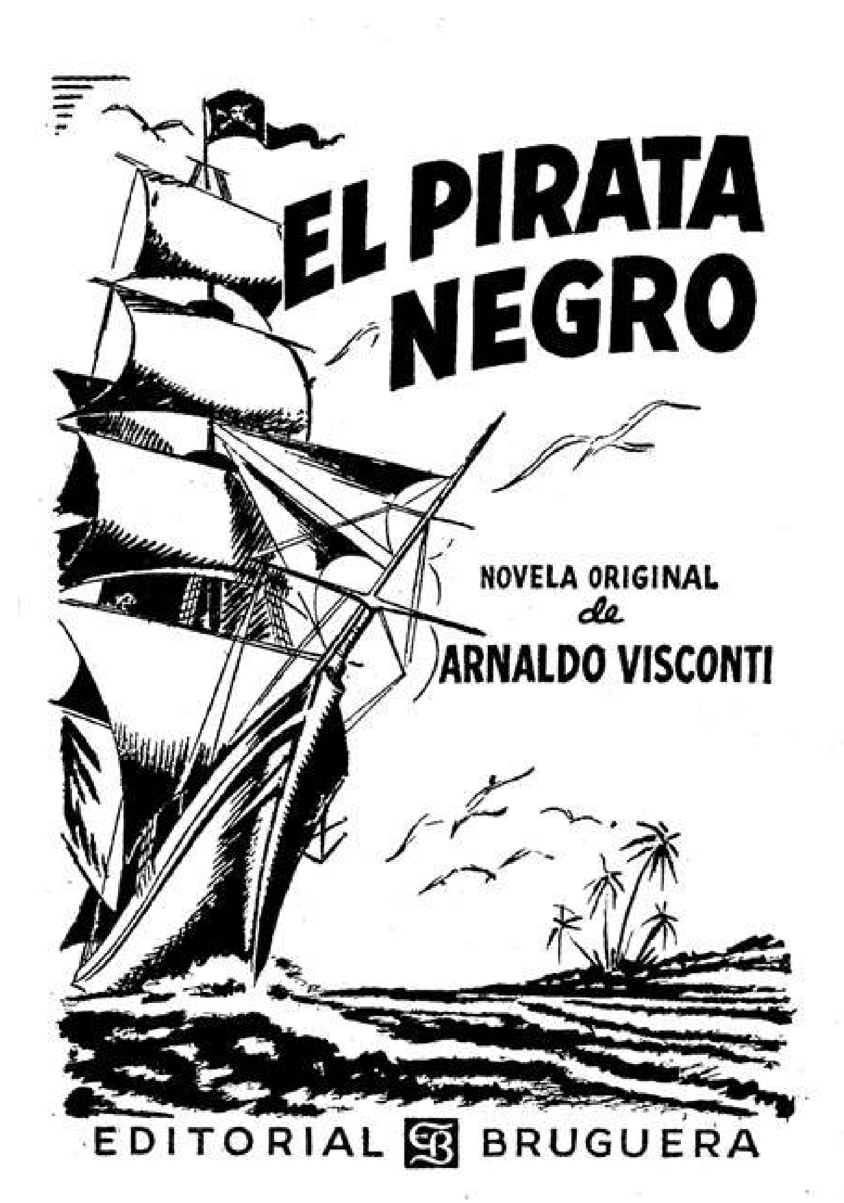
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

por

ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

LA DAMA DEL MESÓN



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La dama del mesón

Colección El Pirata Negro n.° 72

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949


LA
DAMA
del
MESON

CAPÍTULO PRIMERO

La razón de la sensatez

Per las más recientes disposiciones del Consejo de Indias, la sede del Virreinato de Nueva Granada hallábase, desde principios del año 1723, en la ciudad alta de Latacunga.

Antiguamente había residido el virrey en el puerto de Guayaquil, pero la peligrosa vecindad con el archipiélago de los Galápagos, guarida de maleantes del mar, había aconsejado el traslado a la alta ciudad de Latacunga.

Y desde enero del año 1723 era virrey de Nueva Granada el muy excelentísimo señor don Renato Pereña, primer poseedor del título de Alvear, marquesado que le fué concedido por personales méritos tanto en sus principios como oficial, como en su brillante carrera de diplomático apaciguador y sensato gobernante.

Renato Pereña, primer marqués de Alvear, padecía de gota, un achaque que, debido a reciente explosión de cólera, habíasele agravado.

No bastaban los mimos de su esposa ni las zalemas de su hija, a las cuales, sin embargo, adoraba, ni tampoco los alegres párrafos de su hijo, al que idolatraba, para desfruncir el ceño del virrey.

Encontraba intolerable que tanto su esposa, modelo de virtudes, como su hija, razonable de costumbre y su hijo nada alocado, vieran atenuantes al proceder incalificable del que ni siquiera en pensamientos podía el virrey nombrar, sin sentir arreciar los dolores en su pierna extendida y envuelta en paños.

Por eso acogió con agrado la noticia de que los importantes personajes por él convocados acababan de llegar a palacio.

Fueron introducidos por el chambelán mayor, que, siguiendo el protocolo anunció los respectivos nombres y títulos, por orden de

categoría.

—¡Ilustrísimo señor almirante don Juan Diéguez Rodríguez!

—¡Excelentísimo señor gobernador de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, don Ramiro Luances de la Gándara?

—¡Don Alfredo Huarte, condecorado con la encomienda al Valor!

Tres personajes muy dispares eran los que ante el virrey, y en su salón particular, inclináronse respetuosamente.

El almirante, alto, sobriamente vestido de tela parda, blancos cabellos y rostro joven de ojos negros intensamente brillantes, emanaba poder de mando, naturalidad y vitalidad.

El gobernador era hombre joven aun, apuesto y merecedor de su renombre de "encantador". Madrileño de nacimiento don Ramiro Luances de la Gándara, aunque no lo demostraba en aquel momento, no las tenía todas consigo: temía que la convocatoria del virrey se debiera al descubrimiento de que el autor material de la fuga de dos célebres prisioneros era... él mismo[1]

En cuanto al tercer invitado, era un hombrecillo enteco, de gruesas gafas, larga nariz y no muy aseado aspecto. Alfredo Huarte, “"El Hurón", era físicamente todo lo opuesto al poseedor de la encomienda al Valor.

—Tomad asiento, señores. Os he impuesto un largo viaje porque las circunstancias me obligaron a ello. Con el emisario, os envié sucinta relación de los hechos que me han hecho convocaros. Vos, almirante, fuisteis el creador de la Legión del Mar, y por vuestro conducto se obtuvo el indulto real para el que antaño fué el célebre Pirata Negro, que, haciendo uso de su título legítimo, rescató su pasado, cubriéndose de gloria como conde Ferblanc. Yo venero la razón de la sensatez, almirante. Vos también...

Detúvose el virrey, porque vió claramente que el almirante parecía poner en duda su última afirmación.

—Hablad, almirante. Por favor, señores, que no es audiencia pública. Los tres... sois como yo, primero y antes que nada, servidores leales del rey. Dejémonos de ceremonias. Os he llamado para ser jueces, en nombre de la razón de la sensatez. Olvidad todo protocolo. Somos cuatro súbditos leales del rey. Decid, almirante.

—Habéis invocado la suprema razón de la sensatez, excelentísimo señor. Yo soy siempre partidario de comportarme

sensatamente, y de los demás, lo mismo exijo. Pero… tratándose del conde Ferblanc, no es suficiente razón la sensatez.

—¡Veamos, almirante!… Vos nombrasteis jefe de vuestra Legión del Mar, jefe único e indiscutible, al conde Ferblanc.

—Era y es el único hombre capaz de conducir a éxitos continuos, como, lo ha hecho, a la fuerza mixta que tripula los barcos de las dos Legiones del Mar.

—Entonces… Yo os, conozco bien, almirante. Erais capitán, cuando era yo maestro de campo. ¡Qué diantres! Perdonadme, señores, pero este dichoso asunto de la Plaza Mayor de Quito y los demás sucesos me traen indignado. Vos, almirante, no habéis dado un mando tan importante a un loco, ¿no?

—Los límites del genio o de la inteligencia, excelentísimo señor, rozan en determinados seres la locura.

—Dejadme de teorías. Al hecho: ¿pretendéis, que el conde Ferblanc está loco?

—No.

—¿Por qué, pues, decís que no podemos invocar la razón de la sensatez para enjuiciar los actos del conde Ferblanc?

—Es arduo, excelentísimo…

—Llamadme Pereña a secas, almirante.

—Diéguez soy.

—¡Diantres! Siempre sois el mismo, Diéguez—dijo, sonriendo por primera vez, el virrey. Pero, recordando al conde Ferblanc, borróse de su rostro toda sonrisa. —Dadme vuestra sensata opinión sobre los hechos incalificables cometidos por vuestro subordinado en la ciudad de Quito.

—Para opinar, Pereña, tendría que escuchar personalmente al conde Ferblanc, y entonces sería sensata mi opinión.

—¿Por qué queréis escucharle? ¿No os basta la evidente realidad de los hechos ciertos?

—Cara y cruz.

—¡Qué diantres de monserga!… ¿También vos…, como mi familia, halláis excusa en el comportamiento de este endiablado hidalgo pirata?

—Por el instante, condeno lo sucedido, pero para mayor opinión tengo que reservarme hasta haber oído al inculpado.

—¡Lo oiréis! ¡Lo oiréis, Diéguez! Para eso os he llamado. Vos

seréis el que, conmigo y los aquí presentes, enjuicie por tribunal la rebelde actitud del conde Ferblanc. Veamos si vos sois menos evasivo, señor gobernador. Los informes que de vos poseo son inmejorables. Todos os veneran, y sabéis ser campechano, cordial y justo, sin altiveces que perjudican ni rebajamientos que denigran. Invoco la razón de la sensatez, señor gobernador. Vos fuisteis presidente del tribunal que condenó a muerte a los encartados en la conspiración de Aguas Revueltas. ¿Es cierto o no que, en el acto del juicio, se permitió el tan repetido conde bravatas e insolencias intolerables en quien ostenta cargo principal?

—Es cierto, excelentísimo señor,

—¿Es cierto o no que anunció que, para salvar a los llamados Lucientes y Cheij Khan, piratas en rebeldía, era capaz de saquear y asolar los mismos poblados que defendió, si ello preciso fuera?

—Es cierto, excelentísimo Señor.

—Bien. Me temía veros también convertido en espontáneo y acérrimo defensor del aludido. Consideraréis, pues, que con todo rigor debemos condenar los actos cometidos por aquél.

—Sí, excelentísimo señor..., pero con una salvedad. Aparentemente, el conde Ferblanc es cómplice de dar refugio y protección a dos condenados a muerte, delito que por la proclama está castigado con la última pena. Pero legalmente no dió refugio a evadidos..., sino a muertos.

—Ya conozco esta historia—atajó, impaciente, el virrey—. Halladas, las tres cabezas mixtificadas, se dió por muertos a los perseguidos. Esto se aclarará. Muertos o vivos, argucia legal o no, la razón de la sensatez en nada halla atenuantes en el hecho de que un pirata indultado se crea con derecho a seguir actuando con pabellón libre, siendo, como es, jefe, y súbdito del rey..

—Cara y cruz, excelentísimo señor —dijo seriamente Ramiro Luances de la Gándara—. Estimo conveniente que el conde Ferblanc tenga una entrevista con Su Excelencia. Podrá seguramente dar razones sensatas por su comportamiento.

—¿Sí? ¡Qué diantres! Esto es peregrino. ¿Es que este maldito conde posee fascinación y os tiene embobados a los dos? Veamos si también vos, maese Huarte, halláis paliativo para lo que no lo tiene. Y no me digáis cara y cruz, porque me va a repercutir en la pierna. Sois, según mis informes, un patriota leal, que, con peligro de

vuestra vida, disteis con los tenebrosos hilos de la conspiración de Aguas Revueltas. Al parecer, por haber recibido orden del conde Ferblanc, os disponíais a reuniros con él. Sois un agudo y sagaz gacetillero. ¿Cómo calificáis las osadías delictivas del citado?

—No sería yo imparcial, excelentísimo señor—empezó a decir el hombrecillo, mirado con simpatía por los otros dos, pero con enojo creciente por el virrey—, si enjuiciase, habida cuenta que el señor conde es para mí... espejo de caballeros, dechado de cualidades y ejemplo de generaciones venideras...

—¡Qué diantres! Una de dos, señores: mi pierna ha llevado a mi cerebro humores locos, o estáis los tres enloquecidos por la fascinación que indudablemente poseerá ese maldito Ferblanc. Es inaudito, incalificable, lo que está ocurriendo. Tres leales servidores del rey defienden lo indefendible, contra toda sensatez. Vos, señor gacetillero, que escribís tan lindos artículos morales, ¿tenéis la insensatez de llamar caballero al que, en plena Plaza Mayor de Quito y ante numeroso público, atrevióse a gritar que un mal gobernador muerto era justicia de rey? ¿Sois tan ciego que os atrevéis a llamar dechado de cualidades al que, en reto propio de pirata, excita la hombría de un gobernador, obligándole a sentarse en barril de pólvora con mecha encendida? ¿Ejemplo de generaciones venideras al que... al que mata a un gobernador ante miles de ciudadanos? Todo eso sin tener en cuenta que da alojamiento a dos piratas en rebeldía... ¡No, y mil veces no! La ejemplaridad para las venideras generaciones será dar el castigo merecido al que ha creído que, por benevolencia real, puede cometer toda clase de tropelías y desafueros. ¡Hablad, Diéguez!

—Os haré observar que, entre las tropelías cometidas por el conde Ferblanc, figura la de haber saneado el Caribe, exterminando a todo pirata maligno. Y entre sus desafueros, el haber salvado recientemente este litoral del más sangriento ataque, que hubiera convertido en ruinas poblados y ciudades.

—¡Aquí os esperaba, Diéguez! ¡Eso es! Vos habéis realizado hazañas semejantes... Por lo tanto, ¡andad, qué diantres! ¡Pegadle un pistoletazo al señor gobernador aquí presente! ¡Tenéis ese derecho!

—Por ahora, don Ramiro Luances es un buen gobernador. No nos acaloremos, Pereña. Habéis invocado nuestra antigua amistad,

de la cual me enorgullezco. ¿Os puedo pedir un favor?

—Veamos de qué se trata.

—Enviad fuerzas que en vuestro nombre inviten, dando escolta, al conde Ferblanc a que se persone aquí, e interrogadle. Después..., si vuestra razón de la sensatez exige la muerte del conde Ferblanc, decídmelo así, y yo, tras vuestra firma, estamparé la mía.

—Esta es la primera frase sensata que oigo de vuestros labios, Diéguez. De acuerdo. Conozco ya la cara de los hechos... Veremos qué cruz puede presentar el tan repetido conde Ferblanc. Sois mis invitados, señores. Hacedme el honor de permitir que os invite a trasladaron al salón donde esperan mis familiares. Tengo que despachar varios asuntos, y esta condenada pierna no me consiente que en este momento os acompañe.

Los tres prohombres pasaron al salón donde, tras decir algunas banalidades, sentáronse, mientras la esposa del virrey salía de la estancia para atender al enfermo esposo.

—Ahora es la ocasión, Renato—dijo Juana Pereña, mayor en tres años a los diez y ocho de su hermano.

Miró vacilante el interpelado al almirante. Pero quizá la sobriedad de atuendo del burgalés dieron valor al muchacho.

—Es que Juana, señor almirante, dijo que cuando vos llegarais vos nos daríais la razón, porque sois hombre de lucha y de mar. Oímos de labios de un hombre que estuvo en la Plaza Mayor de Quito lo que allá ocurrió. Y Juana y yo estamos seguros de que el conde Ferblanc es...

—¡Es un héroe!—exclamó ella—. El gobernador Garrido, hombre muy antipático, le retó a duelo. Y el conde eligió sentarse en un barril de pólvora con la mecha encendida, porque el gobernador Garrido habíale supuesto capaz de abandonar a los cercados en la posada. Algo de leyenda y libro de romance... Un paladín que por amistad no permite que le creas capaz de huir abandonando sus amigos perseguidos. Lo sacrificaba todo...

Y, dándose cuenta de que se había entusiasmado, terminó diciendo suavemente:

—Bueno, la ley es la ley

—Eso es—aprobó, seriamente, Juan Diéguez—. Pero es que la ley del conde Ferblanc es a veces algo irregular. Y contadme, señorita, lo que sucedió porque no me he dado cabal cuenta.

—¡Oh, fue de espanto! Las mujeres, se desmayaron, los hombres temblaron y el cielo se cubrió de nubes—refutó ella, con la mirada lejana, como si viera las exageraciones que narraba—. Cuando ya todos gritaban, y casi se oía el estrépito espantoso de la explosión, el gobernador Garrido saltó del tonel, apagando la mecha a manotazos; al mismo tiempo, con su mano zurda, asestó traidor puñetazo al conde. Era hombre de bestial fuerza, pero el conde se dió cuenta y…

—…¡cogió la muñeca del traidor!— Aclamó Renato Pereña, agitando la mano que aferraba en el aire un invisible brazo—. Obligó al malvado a arrodillarse, torciéndole la muñeca, lo derribó de un puntapié al suelo, y, desenvainando, besó la hoja de su espada, diciendo que no se consideraba duelista, sino verdugo del rey. Ciego de ira y coraje, abalanzóse Garrido, con puñal y espada… Un duelo largo y escalofriante, pero triunfó el que debía triunfar… Y, apenas muerto el felón, dirigióse el conde a la posada y se entregó al oficial que con sus soldados la cercaba. Y…

—Ahí viene mamá—susurró Juana, dando un codazo a su hermano.

Levantáronse los tres hombres, mientras la esposa del virrey sentábase, atrayendo hacia sí a sus dos hijos.

—Seguro que habéis contado vuestra opinión sobre lo sucedido allá en Quito. Por cierto, señor almirante: ¿qué habéis dicho a mi esposo, que no cesa de mascullar: “Cara y cruz, cara y cruz”?

—Es, simplemente, el anverso y reverso de todo acto humano, señora. No podemos enjuiciar sin saber los verdaderos motivos que originan cualquier acción. Vuestros hijos aclaman al conde Ferblanc como un paladín de la Tabla Redonda. Vuestro esposo, en nombre de la ley y por la razón de la sensatez, está también en lo cierto al estar enfurecido contra el conde Ferblanc.

Y si todos estaban impacientes esperando la llegada del tantas veces aludido personaje, quizá el que más lo estaba era el propio virrey.

Capítulo II

Deliberaciones

Un soldado a todo galope aproximóse al llano donde un edificio erigíase, y a cuyo alrededor, en cerco, había una treintena de soldados.

Descabalgó y, jadeante, saludó al oficial que en la carretera le salió al paso.

—;,Qué haces tú aquí, Fajardo?

—¡El gobernador ha muerto, mi teniente!

El teniente Carvajal dió un respingo. El soldado, sin poderse contener, explicó detalladamente todo lo sucedido. El pregonero, la extraña petición del barril y la mecha, el ataque a traición de Ruy Garrido, su muerte en duelo.,..

—...y hacia acá viene el conde Ferblanc. Creí era mi deber advertiros, mi teniente.

—Has hecho bien. Ahora vete por la otra carretera, Fajardo. Y que el furriel te dé de mi parte una nueva cantimplora, llena, y el subteniente veinte reales de mi bolsa para que puedas invitar a tu novia.

—¡¡Gracias, mi teniente!!... ¡A la orden!

Desapareció de nuevo a galope el soldado. Enrique Carvajal no lamentó en exceso la muerte de Ruy Garrido... Lo recordaba como un bravucón antipático, grosero y engreído.

Retrocedió unos pasos, cuando divisó al jinete que se acercaba. El Pirata Negro desmontó ante él.

—Con evidente placer os vuelvo a ver, teniente Carvajal.

—Tal como me rogasteis, señor conde, informé a vuestra esposa, personalmente, de que no se inquietara por la presencia de mis soldados, y de vuestra orden de que nadie saliera hasta que vos no

lo dijerais. Dejando aparte mis particulares sentimientos, señor conde, soy oficial y tengo que cumplir las órdenes recibidas.

—Es superfluo que me lo hagáis constar. Entre otras, se os dió orden de que nadie salga. Pero no se os ordenó impedir que alguien entre. Si os entrego mi espada y mi cinto, ¿me permitiréis que vaya a saludar a mi esposa?

—Vuestras armas sólo al virrey las entregaréis señor conde. Yo, particularmente, os dejaría entrar, pero… ¿y luego?

—¿Cómo “y luego”?

—No os podría permitir salir, señor conde. Y creedme que lo lamento, pero órdenes son órdenes.

—El difunto gobernador, al cual acabo de tener el placer de enviar al infierno, os ordenó mandar doble correo al virrey. Por razones que ante el virrey expondré, me constituyo voluntariamente prisionero, porque sé que de la justicia de tribunal puedo esperar comprensión, si antes se me oye. Por lo tanto, en la posada permaneceré hasta que el virrey tome una decisión. Y, por favor, teniente… Os agradeceré infinito que de vez en cuando vengáis a tomar un refrigerio…, a menos que vuestro deber os impida alternar con “una familia peligrosa”

—¡Señor! —y chocó sus tacones el joven oficial—. Tengo a mucho honor el que sepáis ser comprensivo y os deis cabal cuenta de que mi deber me obliga a impedir que nadie salga de la posada. Pero mi particular sentimiento me hace aceptar con gran placer vuestra invitación. ¿Me permitís que os acompañe?

—Gustosísimo.

—En lo que pueda, tranquilizaré a la señora marquesa.

—Sois un gran muchacho, teniente. Pero, entre nosotros: ¿y si, una vez allá dentro, los piratas os apresan como rehén?

—Vos fuisteis el Pirata Negro y sois el conde Ferblanc, señor— replicó sencillamente el oficial—. Podréis, si desesperada fuera la situación, atacarme espada en mano, pero lealmente…, que vos sois hidalgo y muy hombre. Por lo tanto, hacedme el honor de tener por cierto, que ni la sombra de una duda alienta en mi cerebro. Soy vuestro invitado.

En la posada, Julio Antón, el mesonero, mostraba un rostro compungido, de hombre que no entiende lo que le está ocurriendo.

—Quizá sería conveniente que supierais, señor teniente, que este

buen hombre ignora a quién aloja. Sabe tan sólo que la señora marquesa de Ferjus vino hace unos días, y que yo, el conde Ferblanc, le exigí posada libre para mi familia.

—Así lo haré constar, señor conde.

Subieron ambos las escaleras, y, en el rellano, “Cien Chirlos” y Ambrosio Bustamante sonrieron ampliamente al ver llegar al Pirata Negro.

—Mi lugarteniente y mi contramaestre, teniente Carvajal—presentó Lezama.

Los dos piratas saludaron.

—No hay más novedad, señor—dijo “Cien Chirlos”—que treinta soldados rodeando la posada.

—Muy bien, don Marcelo.

Siguió andando el Pirata Negro. Entró en la habitación antesala donde reuníanse Mireya, Gabriela Lucientes, el padre de ésta y Cheij Khan.

—Os presento a mi familia, teniente Carvajal. Mi esposa, la prometida de mi hijo, mi hijo y mi futuro consuegro. Delicioso cuadro familiar, teniente.

Tras inclinarse por cuatro veces consecutivas, el teniente habló con atinada sinceridad:

—Pido excusas por tener que cumplir con un requisito necesario, señoras y señores. Ruego no me consideréis un carcelero. Sé que el conde Ferblanc solucionará esta enojosa situación.

—Gracias, señor Carvajal—agradeció Mireya—. Ya antes tuvisteis la gentileza de transmitirme las palabras de mi esposo. Y, como vos, también tengo la certeza de que pronto seréis relevado de vuestra obligación. ¿Aceptáis un refrigerio, señor Carvajal?

—Agradecido, señora marquesa; pero, si me lo consentís, vendré a media tarde. En este momento es la hora precisa en que debo presenciar la comida de mis soldados.

Repitió sus saludos el oficia], y, cuando se alejó su marcial taconeo, comentó Lucientes:

—Simpático el mozo. Se ha largado a tiempo, con delicadeza. Bien, hidalgo, tranquiliza al tormento de mi niña, porque se aferra a tu hijo como si viera suspendido sobre su cabeza un alud desprendiéndose de la montaña.

Abrazada a Cheij, intentó ella sonreír.

—Si vienen por ellos, moriremos todos—dijo, vehemente.

—¡Vaya esperanza!—gruñó el Pirata Negro—. Oye, don Diego: no sabía que tu hijita fuera tan propensa a la tragedia. ¿Quién habla aquí de morir, mal rayo me parta? Esos soldados cumplen con un requisito indispensable para ellos. Veamos, Gaby… Sabes que lo que pretendo es formar un hogar donde vivamos unidos y felices. No puede construirse un sólido edificio si los cimientos tienen algún fallo. El fallo… era que tu padre, por salvar a Cheij de malos pasos, se colocó fuera de la ley. Y ambos deben ahora recobrar su personalidad exenta de peligrosas interpretaciones. Vulgarmente, lo que estoy haciendo se llama dar la cara. ¿Perseguidos Lucientes y Cheij Khan? No, que no… Eso le diré al virrey. Aquí están ellos y aquí estoy yo, y la razón nos asiste. ¿Enarboló Cheij pabellón pirata? De acuerdo, al igual que yo antaño hice. Y, al igual que yo hice, ningún acto punible cometió. ¿Que don Diego se metió en Aguas Revueltas? De acuerdo. ¿Y qué? ¿Se comió a alguien?.. Si acaso, entró al saqueo de las bodegas de por allá…

La tranquila y segura entonación del Pirata Negro y su última frase, devolvieron la sonrisa a Gabriela Lucientes.

Cheij intervino:

—Excúsala, padre. Está rendida. No ha dormido esta noche.

—¡Ni las otras! ¡Esperándote!—exclamó ella.

—Más contención, doña…—reprochó Lucientes—. Las damitas son menos sinceras.

—Serán las que conociste, papá, para mala suerte tuya, que yo quisiera verte casado y…

—Y en la cama quiero yo verte, ¡repámpanos! Y te voy a llevar yo mismo en brazos. Esta chica es un caso desesperado. Tiene menos educación que… yo.

Partió el pelirrojo llevando en sus brazos a la que, enlazándole por el cuello, miraba a Cheij en pie.

Y, tras una pausa, dijo Mireya:

—Ya no está Gabriela, Carlos. ¿Qué ha sucedido?

—¡Cómo! ¿Qué ha sucedido? Pues… ¿no acabo de decirlo?

—No sabes mentirme, Garlos. Y tu hijo y yo creo que no tenemos el cansancio de Gabriela, que muy naturalmente estaba inquieta y recelosa.

—Lo dicho, Mireya. El virrey me mandará llamar, y, mientras

decide, es natural que haya custodia alrededor de la posada.

—No solías confiar en la justicia. Dijiste que, antes de hablar con quién competía, querías tenernos a salvo a bordo. Tú no eres tan impulsivo como para haberle dicho al gobernador que tu hijo y don Diego estaban aquí. Si no, ¿por qué enviaste a uno de tus hombres con la orden de que el “Aquilón” zarpara de Buenaventura para anclar en la Cala de San Francisco?

Levantó los hombros el Pirata Negro, cruzándose de brazos, y miró a Cheij.

—¿Te das cuenta, chacal? Cásate y verás...

—Yo estoy viudo y quiero ver—dijo Lucientes, entrando—. Gaby ha creído la galantería del teniente y tu explicación. Pero a mi “menda” golosa no le vengas con paños calientes, hidalgo.

—A ti, ¿quién te da vela en este entierro?—gruñó el Pirata Negro, hallando en quien desfogarse.

—¡Repámpanos! Si a tu esposa y a mi hija las custodian soldados, ¿quién tiene la culpa sino yo?

—¿Por qué tú?

—¿Soy yo o no el que tiene la cabeza a precio?

—Ni un real doy por ella—dijo, desdeñoso, el Pirata Negro.

—Menos la pago yo...—replicó Lucientes convencido—. Pero esos señores del tribunal la han puesto muy por encima. Escucha, hidalgo, tal como veo yo la cosa. Yo y tu hijo nos podemos dar el “piro”, por más soldados que haya, y...

—¡Inténtalo y te deslomo!—imprecó Lezama—. ¿No ves, maldito entrometido, que lo que quiero es devolverle a ti y a Cheij el derecho a andar por la calle sin que nadie pueda echaros encima a los esbirros que os llevarían al verdugo?

—Sin acalorarte, león cascarrabias. Se nota que vamos a ser consuegros. Si estoy hablando, es porque tu hijo no tomará decisión alguna si tú no se la indicas. Dime, pues, qué debemos hacer.

—Quietos aquí. No olvides que soy alguien, don Diego. Y voy a exigir recompensa y a la vez justicia. No cometisteis crimen alguno. Sabré demostrarlo...

—¿Y si fallan tus razones?

—El “Aquilón” anclará en cala cercana. Eso es todo. A buen entendedor, basta.

—Basta—replicó Lucientes—. Yo lo que no quiero es que Mireya

y Gabriela, se vean... Bueno, bueno, león... No me enseñes los colmillos, ¡repámpanos! Yo sé que lo arreglarás. Pero ¿me permites un consejo? Sin morderme, ¿eh?

—Habla, que a veces pareces una persona normal y sensata. Dura poco, y por eso mismo hay que aprovecharlo.

—Hablarás con el virrey. ¿Quién es el virrey? Nadie para mí, nadie para ti... Pero mucho para Mireya y Gabriela, porque de tu actitud ante el virrey depende la felicidad de ellas dos.

—Aclara.

—Eres alguien, señor conde Ferblanc. Ei virrey, posiblemente, deseará saber qué hacemos tú y yo en el mismo lugar donde estabas. Recoge velas, tasca el freno, miente si es preciso, pero no des zarpazos. Cuando te pones duro, resultas contundente. Y un virrey no te lo perdonaría.

—¿Qué quieres? ¿Que le bese las zapatillas?

—Ni él te lo pedirá, ni tú lo harías, ni yo lo quiero, ni tu propio hijo lo consentiría..

—Bueno, don Diego. Tienes razón... por esta vez. Yo sabré hablarle al virrey, y al rey si se tercia. ¿Tienes tú algo que decir, chacal, que te veo reír como si te divirtiera algo que no adivino?

—No te enojes conmigo, padre. Es que... sois graciosos tú y don Diego. Parece que estéis reñidos a muerte, y os tenéis tanto aprecio que, si el uno muriera, el otro se pasaría muchas noches aplastando lágrimas contra la almohada.



—¿Hay peligro inmediato?

—¿Yo? ¿Yo llorar por ese pelirrojo borrachín?

—¿Yo? ¿Yo berrear por ese bravucón pendenciero?

Mireya de Ferjus levantóse.

—Tres niños..., ¡pero qué agradables! Seguid peleando los tres. Tengo sueño, y os dejo a solas, sin trampa. Hablad tranquilos, que no escucho tras puertas. A mí me basta con saber que Carlos sabrá hacer para todos nosotros el mejor de los hogares.

Marchóse ella, y al cabo de un instante masculló Lezama:

—Cásate y verás... lo magnífico que es si, como espero, Gabriela sabe ser una esposa como Mireya.

—Al grano, hidalgo. ¿Hay peligro inmediato?

—No.

—¿Qué opina el gobernador?

—Que tiene mucho calor.

—¿Eh?

—Sí. Se puso pesado, y le invité a sentarse en un barril de pólvora en la Plaza Mayor. Había mucha gente, aguantó el tipo nueva minutos, y, así que faltaba uno, quiso, después de apagar la mecha, quitarme de en medio.

—¡Córcholis! Vamos bien, pero que muy bien—rezongó Lucientes mirando al techo y en alto los dos brazos—. ¡Oh, manes

de la sapiencia celestial! Perdonadme sí no sé lo que me digo..., pero que me devoren las fauces del infierno si este es el mejor camino para formar hogares sólidos, colocando como primer ladrillo el cadáver de un gobernador. Porque no hace falta que acabes el relato de lo ocurrido en la Plaza Mayor. Pronunciaré tres letras, las que encabezan la latina fórmula de las tumbas: “R. I. P.”, ¿no?

—Él o yo.

—¿Seguro, hidalgo? ¿No podías esperar a que estuvieran Mireya y mi hija a bordo del “Aquilón” para jugar a la mecha y el tonel con el gobernador?

—Insultó a Mireya.

—Ah, bueno; si es así, es otra cosa —repuso, convencido, Lucientes—. Pero el resultado es idéntico. No sé porqué, pero se me da el pálpito de que el virrey estará bramando contra ti.

—Lo que sea sonará, pero confío en mi estrella, que no puede abandonarme ahora, que más que nunca me guía un buen propósito.

—Peligrosa familia somos, hidalgo.

—¡Ah, pero ésta es la última! En lo futuro, paz y quietud. ¡Por esas!— y se besó Lezama loa pulgares juntos. —El que de vosotros dos haga imprudencias, sabrá que...

—Yo no soy tu hijo. Es éste—y Lucientes señaló a Cheij, que sonriente escuchaba embelesado.

—Pero tu hija se casa con el chaval. Y si tú haces tonterías, ella sufrirá. En fin, ¿y si nos fuéramos a dormir? Tengo sueño.

—Yo, también—bostezó Cheij.

—Reine, pues, Morfeo en la posada. Amén—resumió Lucientes.

Marchóse el Pirata Negro a la alcoba del fondo. Salieron Cheij y Lucientes, y en el aposento de éste tendióse Cheij encima de una de las dos camas.

—Mi padre es maravilloso, ¿verdad, “Medio Brazo”?

—Así me llamabas de pequeño, Cheij. Tu padre es la crema y nata que se obtendría removiendo en una caldera hirviente extractos concentrados de inteligencia, valor, corazón, bondad y sencillez. Y no es por “coba”, Cheij.

—¿Por qué me llamáis todos Cheij?

—Dice tu padre que así creciste, y que es nombre que debe

enorgullecerte porque, abandonado y sin más qua malos consejos, supiste ser todo un hombre. Bueno, Cheij, a roncar…, por si acaso hay que hacer acopio de brazos.

—¡Bah! ¿Y qué son treinta soldados para nosotros tres?

—Diez por barba. ¡Psé! ¡Moscas! Hasta luego, Cheij.

—Hasta luego, don Diego.

Capítulo III

La razón del corazón

Renato Pereña, marqués de Alvear, habíase ya formado idea del carácter del hombre cuya presencia estaba deseando ya.

"Un soberbio pirata, creyéndolo todo permitido, y sentándose encima de códigos y leyes,"

Cuando le fué anunciado que la escolta enviada en busca del conde Ferblanc, con "invitación para acudir a entrevista personal con el virrey", estaba ya de regreso, trasladóse a su despacho, donde convocó al almirante, a Luances y a Huarte.

—Podéis ya introducir al señor conde—ordenó al chambelán.

Entró el Pirata Negro, y, aplicado el chambergo en la puerta izquierda del busto, saludó profundamente.

No miró hacia los otros tres personajes.

El marqués de Alvear tardó unos instantes en hablar. Estaba frenando sus deseos de imprecar. Prefería ejercer un sondeo.

—No os puedo dar la bienvenida, conde Ferblanc. Se os considera capitán original en sus maneras y poco dúctil a convencionalismos. Aquí, en esta sala, estamos cinco personajes, de los cuales tres os son amigos, pese...., pese a todo lo reciente. Quiero advertiros que yo, con todas mis fuerzas, y apoyándome en la razón de la sensatez, condeno vuestra actitud en la ciudad de Quito, desde vuestra llegada hasta... Quedad advertido. Es mi propósito que, como ejemplar medida, seáis juzgado con todo el peso de la ley, imparcialmente aplicada. Detesto las bravuconerías, señor conde. Detesto el menosprecio a todos los buenos principios, sobre los que se asientan las sociedades. Os soy sincero... Por ser quien sois, por ser hombre que debía respeto a su cargo elevado, no os encuentro ninguna atenuante. He accedido a oíros privadamente

porque esos tres señores estiman que todo tiene un anverso y un reverso. No os engañéis, señor conde. Vuestros actos ante ningún tribunal hallarán perdón.

El almirante Diéguez parecía dormitar. Alfredo Huarte sudaba copiosamente. Ramiro Luances se pulía las uñas contra el coleto, y de vez en cuando sacaba su cajita de rapé, pero era un gesto instintivo, pues no llegaba a tomar el polvo; habíase curado del vicio desde que el "Corsario Gris" le robó una de sus cajitas[2].

El Pirata Negro, al terminar su filípica el virrey, hizo con la cabeza un ademán afirmativo.

—De ningún tribunal espero atenuantes, excelentísimo señor.

—Ya... Seguramente los tribunales os causan irrisión.

—No siempre, excelentísimo señor. Pero algo os puedo asegurar, en justa correspondencia a vuestra actitud sincera. Lo que estoy dispuesto a confesar ante vos y esos tres caballeros, ante ningún tribunal lo confesaría.

—Arrogancia que me repugna y detesto, conde Ferblanc.

—No es arrogancia, excelentísimo señor. Es... la razón de algo muy recóndito que no puede exteriorizarse ante indiferente tribunal, apegado a la rígida aplicación de las leyes.

—Yo soy y seré este indiferente tribunal.

—Pero... me oye el almirante. Él me defendió para que fuese indultado. Él me nombró jefe de la Legión, del Mar. Desearía, señor, que, con vuestra venia, él pudiera ahora oírme. Me oye también el señor Luances. Fué para mí comprensivo, aunque aplicó la ley con todo su rigor. Debo ante él excusarme al igual que con mi almirante. Y, por fin, está mi buen amigo el señor Huarte. Es hombre bondadoso y valiente. No toméis a mal mis palabras. Vos no me conocéis, señor virrey, ni yo os conozco. Me conceptuáis seguramente un pirata engallado, que hace alarde de mofarse de todo lo instituido.

—Mi concepto no puede ser otro. ¿Qué razón deseáis invocar contra la infalible de la sensatez razonada?

—La del corazón, señor virrey. Este órgano molesto, porque nos impone a veces obligaciones que resultan incompatibles con ciertos intereses o circunstancias.

—Atengámonos a los hechos, señor conde. Ya sabía yo que elocuencia y aparente sinceridad no os faltaban...

—Perdón, señor virrey. No es aparente; es real mi sinceridad. Mucho me juego ante vos, para mentir.

—Veámoslo. ¿Quién os acompañó cuando llegasteis a altas horas de la madrugada a la posada "La Vicuña"?

—El pirata apodado "El Chacal".

—¡Ah!... ¿Quién estaba en la bodega de dicha posada?

—El pirata Lucientes, Diego.

—¿Reconocéis, pues, que, sabedor de quiénes eran, no sólo les disteis alojamiento, sino que intentabais facilitarles la fuga allende los mares?

—Exactamente, no.

—¿Fuisteis o no a visitar a Ruy Garrido, mi gobernador en Quito, para poco después retarle a monstruoso duelo público en plena Plaza Mayor?

—Así fué... Pero permitidme, señor virrey, hacer constar que ya admití que soy culpable de dar protección a dos evadidos y de haber dado muerte a vuestro gobernador.

—Entonces.. ¡pagaréis por ello!... ¡Nada más tenemos que hablar! ¡Es impudencia, y no arrepentimiento, lo que os hace hablar sinceramente!

—No tal, señor virrey. Todo en este mundo tiene cara y cruz.

—¡Qué diantres!—imprecó el virrey. —¿Qué cruz..., qué anverso tienen vuestras acciones? Habéis dado muerte a mi gobernador, porque éste descubrió la identidad de los dos evadidos, y tiempo tuvo para enviar una sección de infantes a cercar...

—Vuestro gobernador lucía en su estandarte personal la leyenda "Sin rival". Se comportó groseramente. Insultó a mi esposa. Me provocó continuamente. Confesó que le importaba poco su cargo, con tal de darme muerte. No debí atender sus provocaciones, lo reconozco. Pero quisiera que os hicierais cargo, señor virrey. Amanecía para mí un día feliz, el mejor día de mi existencia. Me dirigía hacia el palacio para pedir audiencia. Quería saber cómo era el gobernador, y preguntarle cuál era la situación en que quedaba la causa seguida contra "El Chacal" y Diego Lucientes. Me recibió con enorme grosería, llamándome impostor. Todo lo toleré porque estaba de buen humor. Pero lo que iba a decirle me lo callé. Quería confesarle que yo, errabundo, peleón y sin hogar..., ¡tenía una familia, y quería un hogar! Quería confesarle que suplicaba por vez

primera clemencia. Que no quería acudir al engaño, porque era noble mi propósito, el más noble de cuantos nunca anhelé. Si en vez de enfrentarme con un Ruy Garrido, me hubiera enfrentado simplemente con un teniente de corazón, no estaría aquí ante vos, como culpable de lo que reconozco no tiene otra apariencia que la de desmanes de pirata que todo se lo cree permitido. Creedme, señor virrey... Tal era mi propósito, de no haberme tropezado con un bravucón como yo..., ¡pero un bravucón que no tenía lo que aquí tengo!

Golpeóse el Pirata Negro el pecho con vehemencia.

—¡Y que vos tenéis, señor virrey! Porque sois caballero que ha llegado digna y merecidamente al lugar que ocupa... Y me revienta tener que decirlo porque puedo pareceros artimaña adulona...

—Continuad. Os escucho—dijo, con repentina sequedad voluntaria, el virrey.

—Diego Lucientes era un pirata indultado, que, a raíz de ciertos hechos, me abandonó porque quería ser, por afecto, consejero del pirata Cheij, en evitación de que le sucediera lo irremediable. Que cometiera villanía o infamia que ni yo mismo hubiera perdonado, a pesar de que todo se perdona a un hijo.

—¿A un hijo?

—“El Chacal” es mi hijo. Sólo lo supe cuando no podía hablar con él. Le vi ante el tribunal. Callé... porque la masa curiosa no debía solazarse viendo mi desesperación, ni yo podía gritar que el hijo que creía muerto, era el que en aquellos mismos instantes acogía como un Consuelo su sentencia de muerte. He estado ausente meses... Y, por fin, tras aventuras cuyo relato es innecesario, él supo quién era. Podría invocar mis servicios, señor virrey. Sería mezquino. Pido simplemente cierta benevolencia. Si se demuestra que tanto Lucientes como mi hijo han cometido un crimen, que vayan al patíbulo. Yo no quería que ellos vivieran la vida del proscrito, porque mi hogar debe ser limpio de toda mácula. ¿Enarboló mi hijo pabellón pirata?.. Cierto. Pero personalmente no cometió tropelía alguna, ni dió órdenes de cometerlas.

—La ley deberá enjuiciar tal extremo, señor conde. Hay hecho innegable. Mandaba velero pirata, delito castigado con pena de muerte.

—Invoco también la ley, señor virrey. Si por muertos han sido

dados, y conclusa la sentencia, ¿qué tribunal tiene fuerza para resucitar muertos? Esta es ley de sensatez. Si la ley considera que han dejado de existir, ¿qué tribunal puede castigarme por haber dado alojamiento y protección a dos muertos? Queda, pues, ante la ley, un solo delito: mi duelo público con un gobernador. Castigo: degradación y cese en el mando y empleo que ocupase el superviviente. Aquí está mi espada, señor virrey.

—No os la he pedido… aún.

El diálogo entre los dos antagonistas se desarrollaba con creciente sequedad.

—Por lo que puedo colegir de cuanto habéis dicho en vuestra defensa— añadió el virrey—, tenéis una manera personal muy libre de enjuiciar todos vuestros actos, los ajenos y la inmutabilidad de los principios sobre los cuales se sustenta toda sociedad. Bien os iba tal modo cuando erais el popular Pirata Negro, pero desde que, por indulto del rey y apoyo del almirante Diéguez, sois jefe de la Legión del Mar, teníais la obligación de ser el primero en acatar la ley. Y la ley claramente especifica como delito vuestra protección a dos fugados… Vuestro duelo con Ruy Garrido es delito de menor importancia, ya que Ruy Garrido, por su peculiar idiosincrasia, aceptó el duelo fanfarrón que en plena plaza pública vos propusisteis. Resumiendo, conde Ferblanc: habéis infringido la ley, y a ella estabais obligado a ateneros.

El Pirata Negro colocó su espada atravesada encima de la mesa, tras la que sentábase el virrey con la pierna vendada y extendida, apoyada sobre un taburete.

—Renuncio a mi mando, y me atengo a lo que decidáis.

—He enviado ya un escuadrón a relevar a la sección del teniente Carvajal. Mientras el confuso punto de la supuesta muerte de los dos encartados se aclara, seguirá sitiada la posada. ¿Qué pensáis hacer mientras?

—Restituirme a mi lugar de alojamiento en la misma posada.

—No veo inconveniente en ello. Al contrario. Quizá, si ahora demostráis acatamiento a las leyes, podremos olvidar vuestra actitud anterior.

—Pido tan sólo que Vuestra Excelencia considere un punto ajeno a todo cuanto estamos tratando: la presencia en el mesón de dos damas.

—Infringieron la ley, conde Ferblanc.

Recogió Lezama su espada, que de nuevo envainó. Para los tres oyentes que mejor le conocían que el virrey, de lo que éste replicara podía surgir el inmediato o futuro impedimento de concordia.

—Una de estas damas, señor virrey, nada podía hacer; estaba ligada a mí por obediencia ciega, puesto que es mi esposa. La otra, es hija de uno de los fugados y prometida del otro. España no instituye virreyes para que castiguen a esposas fieles y a hijas amantes. Pido, pues, que ambas puedan salir libremente del mesón.

—Accedido, conde Ferblanc. Y tengo a cambio vuestra palabra de que hacia allá vais y que por la fuerza, nada intentaréis. Enviaré al instante mensajero, con orden de permitir la salida a las dos damas del mesón, Insisto en que sería conveniente que allá os dirigierais también, en espera de la resolución que debo tomar. Como jefe que seguís siendo, podéis deambular libremente. Buenos días, señor conde.

Saludó brevemente el Pirata Negro, y se disponía a abandonar la estancia, cuando le dió alcance el almirante Diéguez.

—¿No os despedís de vuestras amigos, conde Ferblanc?—inquirió el almirante, tendiendo la diestra, que le fué estrechada—. Os acompañaré, con la venia del excelentísimo señor virrey, hasta el jardín.

Fuera del palacio, esbozó Diéguez una sonrisa.

—Desfruncid el ceño, señor pirata. Todo se arreglará. Somos jueces maese Huarte, don Ramiro y yo.

—También lo es el virrey.

—Sed imparcial. No puede él tomar otra actitud.

—Yo, sí.

—Sed como siempre explícito, Lezama. ¿Qué pensáis hacer?

—Por de pronto, restituirme a mi alojamiento.

—¿Después?

—Aguardar los acontecimientos.

—¿No fiáis de la justicia de vuestros amigos?

—Hacia mí, quizá. Pero hacia mi…, hacia “El Chacal” y Lucientes, no confío grandemente.

—Me permitiré señalaros la evidencia de que tanto maese Huarte como don Ramiro y yo mismo utilizaremos ante el virrey el argumento de qué más valen tres aventureros de buena ley, libres,

que no muertos, y, sobre todo, que vos, conde Ferblanc, nos hacéis falta como azote de piratas, y no queremos que seáis azote de jueces y que paguen justos por pecadores. Confiad en mí, conde Ferblanc. Cuando los hombres son de buena ley, termina siempre por mandar la ley del corazón.

—Gracias, almirante. Vos sois quien, conociéndome bien, sabéis que del futuro depende que constituya yo un hogar al cobijo de la ley, o vuelva a enarbolar pabellón libre... Pero bueno es que sepáis que no permitiré que mi hijo vuelva a ser encarcelado, porque no hay contra él prueba alguna de crimen, ya que ninguno cometió. Hasta pronto, señor almirante, y espero que como amigos...

—Aunque contra mí estuvierais..., ¿podríamos dejar de considerarnos amigos?

Volvieron a estrecharse las diestras, y, picando espuelas, alejóse el Pirata Negro a todo galope hacia Quito.

Capítulo IV

Posada "La Vicuña"

—No os aflijáis en demasía, Antón —aconsejó Lucientes—, Pronto regresará quien todo lo ha ido a recomponer,

—Es que... han relevado, señor, y doble número de soldados a caballo rodea mi mesón.

—Mayor honor para tu casa, Antón. Y no te atosigues, que a ti, ni a tus lacayos y criadas, nada os pasará. Desaparece de mi vista, mesonero, que aquí llega mi joven amigo.

Cheij vino a sentarse junto a Lucientes, en la sala de entrada al mesón.

—¡Qué hermoso es vivir!—dijo el joven, con arrobo.

Contemplóle Lucientes con irónica pero afectuosa sonrisa.

—Te envidio, Cheij. Para ti y mi tormento de niña, no existe nada ni nadie a vuestro alrededor. Os podríais sentar encima del cráter de un volcán, que, hablando ternezas, se os antojaría estar en fresca hamaca. Celebro verte tan cambiado Cheij. Eres ahora un mozo alegre, que todo lo ve color de rosa.

—Mi padre lo arreglará todo.

—Seguro. Esperémosle, que no ha de tardar.

* * *

—¡Ay, Ambrosio, pero qué bien hablas! Oyéndote, me olvido de que hay soldados cercando el mesón... Pero has de ser más formal, Ambrosio. Está... tu amigo el gruñón, y con cara de pocos amigos. Nos puede ver.

El navarro continuó en sus amorosos escarceos, mientras decía:

—Yo opino que cuando el amor nos hinca el colmillo, sólo hay una verdad: tú y yo, ella y él, hombre y mujer. Es la pertinaz y obvia oleada que todo lo arrasa, porque es de buen decir que el

arrasar todo lo iguala. Tu piel es como la suave caricia de una mano de niño mamoncete, chispean tus ojos como linternas que...

—¡“Pencas”!—llamó “Cien Chirlos” desde el otro lado del rellano.

—¡Voy!—Y el navarro, dando una palmada a Carmen, la criada, añadió: —Ven pronto, hermosa mía. Hoy estoy en vena de poeta.

Partió corriendo la criada, y acercóse el navarro, algo remolón, hacia donde esperaba el lugarteniente del Pirata Negro.

—Ya está bien lo que está bien.— gruñó "Cien Chirlos”—. Te crees tú que estamos aquí para retozar con mozas... Aquí estamos para impedir que nadie entre donde se encuentran las dos señoras. ¿Te enteras?

—Bueno, compadre. Pero ahora precisamente que yo estaba poético y que...

—¿Has visto o no que han relevado y han doblado el número de soldados?

—Ver, vi. Pero yo opino que ellos están fuera, nosotros dentro, y, como siempre, quien tiene la última palabra es “él”, nuestro jefe.

—Eso, sí. Pero debes tener en cuenta que sería de mal ver que saliera una de las dos señoras y te sorprendiera a ti en eso que llamas “estar poético”. O sea, que, mientras no haya contraorden, para recitar poesías a la moza irás al rellano del piso de abajo.

—Eres un tipo de esos comprensivos, opino yo. Oye: ¿no le echaste el ojo a la cocinera? Está magnífica... y te mira mucho, no sé si asustada o enamorada.

—Tú a lo tuyo, que yo soy ya mayorcito y sé atender a lo mío. ¿De qué te estás riendo, so pedazo de mulo

—Te veo casado... Estarías en lo justo, opino yo. Que hora sería que pensaras en tomar esposa.

Miró “Cien Chirlos” con fijeza al navarro.

—No estoy para chirigotas. Por menos de un cantillo, te rompo las muelas, ¿sabes?

—Bueno, compadre. No te rebrinques. Total, todo se arreglará. Y si no, ya pueden ir poniendo soldados a todo pasto, porque mayor será así la diversión, cuando atravesemos la línea a dentellada limpia..

—¡Ambrosio!—llamó desde el rellano bajo una voz femenina.

—Vete...—dijo lacónicamente “Cien Chirlos”—Te llama la

poesía. Pero atento a mi voz.

—Atento. Gracias, compadre.

* * *

Diego Lucientes y Cheij pusiéronse en pie simultáneamente al entrar en la sala el Pirata Negro.

Adelantóse Cheij para besar la diestra del que con agrado palmoteo el hombro inclinado.

—Antes que os explique la situación, atenderemos a lo más necesario. Tu prometida y mi esposa irán al “Aquilón”, y allá nos aguardarán. ¿Algo en, contra, don Diego?

—En absoluto. Me parece lo más adecuado.

Mireya de Ferjus no hizo la menor objeción al indicar el Pirata Negro que en la carroza dirigiríanse al puerto de la Cala de San Francisco, para embarcar en el “Aquilón”, esperando allá a ellos tres.

Gabriela Lucientes inició una protesta, pero fué prontamente acallada por las palabras convincentes de Cheij.

—Así lo determina mi padre, y debe ser así para que todo se solucione.

—Pero... nos vamos a separar—dijo ella, llorosa.

—¡Repámpanos, niña! — intervino Lucientes—. Ya tendréis años y años para pelar la pava y vivir en luna de miel continua. Anda, recoge tus bártulos y a bordo de la carroza ahora mismo quiero verte.

Supo Mireya de Ferjus aparentar un absoluto convencimiento de que pronto se reunirían, pero no pudo impedirse el susurrar, mientras la abrazaba su esposo:

—Sólo... en último lugar acude a la violencia, Carlos.

—No será preciso, Mireya. Quiero constituir un hogar, y lo lograré. No lo dudes.

Poco después, atravesando la hilera de soldados que rodeaba la posada, partía la carroza. En su interior, Mireya trataba de calmar a Gabriela Lucientes.

En el pescante iban Juanelo y Rucio, los cuales, de regreso de sus mensajerías, rondaban por aquellos alrededores, sin dejarse ver de los soldados, hasta que divisaron al Pirata Negro regresando de Latacunga.

Fué larga y minuciosa la conversación habida entre el Pirata

Negro y los dos piratas que ahora oficiaban de postillones.

* * *

Desaparecida la carroza, el Pirata Negro cerró la gran puerta de acceso, al mesón. Fué cerrando las ventanas, y ordenó a "Cien Chirlos" y a Ambrosio Bustamante que lo mismo hicieron con cuantas puertas y ventanas tenía el edificio.

En el exterior quedaron el mesonero, los lacayos y la criada. Había sido convenido así por el virrey, que admitió la ignorancia del mesonero y el servicio.

—Los soldados nos cercan, pero libre nos queda el derecho de cerrar nosotros mismos puertas y ventanas. Y ahora, escuchadme. Nosotros cinco seremos los únicos ocupantes del mesón. Os expondré la situación.

Cuando terminó de narrar su entrevista con el virrey, comentó Lucientes:

—A mí, personalmente, no vuelven a llevarme a un banquillo de reo. Lo siento mucho, hidalgo, pero ésta es mi voluntad. No fío de justicias.

—Por eso mismo, aquí vamos a aguardar los acontecimientos.

—Sólo caben dos soluciones. El virrey perdona, que lo dudo, y librea quedamos, o exige seamos juzgados, y no lo quiero yo. Y sé que tampoco tú admitirás que Cheij ingrese en cárcel, y a la espera de un problemático fallo absolutorio de un tribunal. Por lo tanto, si se van los soldados, saldré... Si no, trataré de salir espada en mano..., y lástima que no tenga cañones...

—Mi deseo es que la ley nos dé libertad—dijo ceñudo el Pirata Negro —Si no es así, ya nos abriremos paso. Os lo aseguro.

—Hubieras podido...—empezó a decir, vacilante, Lucientes.

—No te detengas, don Diego. ¿Que hubiera podido hacer yo?

—¡Qué sé yo!... Por ejemplo, mandar aviso a los del "Aquilón" para que, encubiertos, observaran los acontecimientos, y si esto—y señaló hacia el exterior—ha de resolverse a cintarazos, que ellos nos ayudaran.

—Sería declararse de nuevo rebeldes.

—Rebeldes, pero vivos, hidalgo.

—Bien, señor sabelotodo... Tal medida ya tomé—sonrió Lezama, enlazando a la vez los hombros de Lucientes y Cheij—. ¿Creéis acaso que iba yo a consentir que, por un quítame allá esas pajas, se

frustrara nuestra intención de consolidar la familia? Si no es por las buenas, como deseo, a sangre y fuego, si es preciso, forjaremos el nacimiento de nuestro hogar, que será el "Aquilón"... Pero todos debemos procurar, para el bien y sosiego de ellas dos, que todo se resuelva por caminos de la ley. Y ahora, a esperar la decisión del virrey. Admito que tiene el derecho a hacernos esperar su indulto o su decreto de encarcelamiento. A uno y otro sabremos replicar.

Capítulo V

Sobremesa

—Bien; creo que cada olivo a su mochuelo, ¿no, hijo? Acostarse pronto y despertarse con la aurora, fortalece el cuerpo y templa el ánimo. Buenas noches a todos.

Partió hacia el rellano alto de la desierta posada el Pirata Negro, seguido por “Cien Chirlos” y Ambrosio Bustamante.

Y antes de entrar en su alcoba, Lezama dijo, riendo:

—Os felicito, despenseros. Tú has cocinado muy bien, “Pencas”. No te conocía esa facultad. Buenas noches.

Tendióse “Cien Chirlos” en el rellano, sobre el camastro que allí había instalado.

Más allá hizo lo propio el navarro.

—Yo opino que aquí hay algo raro, compadre.

—Lo único raro que aquí hay eres tú—replicó “Cien Chirlos”, de mejor humor porque “él” estaba allí.

—Verás... ¿A ti no te pasa que a veces, en sitios donde no hay más gente que tú, hueles otras personas?

—Esto pasa—admitió generosamente el aragonés—. Pero no estamos de sobremesa. Hay que dormir.

—Yo creo... que opino... que aquí hay fantasmas.

El único miedo de Ambrosio Bustamante era la posible existencia de trasgos y seres sobrenaturales.

—¡Qué mil cuernos de fantasmas ni qué niños muertos!...—bramó “Cien Chirlos”—. Aquí, como dice “él”, no hay más fantasmas que los de tu propio caletre. Al irse el mesonero, la cocinera y los demás, hemos registrado desde la azotea hasta la bodega, habitación por habitación. No hay nadie.

—Por eso mismo.

—¿Cómo que por eso mismo?

—¿Quién se llevó un jamón y un odre de vino y cuatro hogazas?

—¿De qué estás hablando?.. ¡Ay, Ambrosio!—gimió "Cien Chirlos", de buen humor, imitando una voz femenina—, ¡Qué bien hablas!... Pero yo no entiendo ni gorda. ¿Qué tendrán que ver los fantasmas con un jamón, un odre de vino y cuatro hogazas de pan?

—Yo, al hacerme cargo de la alacena, conté... Yo opino que si faltan jamón, odre y hogazas, alguien se lo llevó. No hay nadie... Pues son fantasmas.

—Los fantasmas no tragan...—dijo doctoralmente, "Cien Chirlos"—. Contarías mal, y eso es todo. A dormir.

Callóse el navarro, pero, tenía la convicción de haber contado acertadamente. Acercó más su camastro al del lugarteniente. Le confortaba la proximidad del que no creía en fantasmas...

* * *

—Una sobremesa es siempre grata —dijo Lucientes, apurando su copa—. Y como tú, hijo ejemplar, te dispones a meterte en cama, yo me iré a mi salón de lectura.

—¿La bodega?—sonrió Cheij.

—Instruirse deleitándose. Este es mi lema—dijo Lucientes, poniéndose en pie— Mi sobremesa será interesante. Cuando tú y tu padre vinisteis a interrumpir mi lectura, estaba yo interesadísimo en saber lo que le iba a pasar a Atahualpa, el jefe inca, que con miles de peruanos se dirigía a la plaza donde, agazapados, esperaban un puñado de españoles al mando de Pizarro. Y ahora estoy intrigado por saber lo que allá sucedió y lo que le pasó a Atahualpa.

Despidióse Cheij, y Lucientes bajó a la bodega, instalándose junto al tonel de vino preferido.

La única linterna que, encendida, colocó a su lado, iluminó las páginas del manuscrito *Jardín de Oro*. Recorrió páginas hasta llegar a la que estaba leyendo cuando le sorprendieron Lezama y su hijo.

Saltaba muchos párrafos de pesada lectura, y fué interesándose a1 llegar al instante en que el séquito de Atahualpa avanzaba hacia la plaza donde los españoles estaban escondidos en los edificios.

"Los indios iban entrando a centenares en la plaza, barriendo la tierra con ramitas al ritmo de sus melodías, figurando limpiar el camino de su monarca.

"Detrás de ellos, envueltos en mantos de vivos colores, venía la

lujosa guardia del inca, seguida de una formación de nobles ricamente ataviados.

”Esta vistosa procesión llenó lentamente la espaciosa plaza de una espesa masa humana. De pronto, y sin obedecer a voz alguna de mando, abrieron los indios un camino ancho, guardando silencio al aparecer el inca sentado sobre su trono de oro.

”Como de costumbre, en las ceremonias de gala, llevaba un manto lujosísimo llamado “llacolla”; tocaba su cabeza con la “borla”, una banda con franjas rojas, e iba ataviado con ornamentos de oro y pedrería.

”En su mano izquierda tenía un cetro de oro y plata, alusivos al sol y la luna, y su diestra sostenía un broquel adamascado, con la imagen del Sol.

”Los dibujos de su manto eran de extraordinaria delicadeza y de distintos colores y tonos, entretejidos con hilos de oro.

”Rodilleras primorosamente grabadas, con sandalias del mismo metal, completaban su vestidura. Unos cuantos enanos tendían, por encima de su cabeza, sombrillas multicolores, hechas de plumas resplandecientes.

“Los cortesanos y nobles que rodeaban o llevaban su litera lucían, lo mismo que el inca, ornamentos que centelleaban al caer sobre ellos los últimos rayos del sol vespertino.

"Llegados al Centro de la plaza, hicieron alto los portadores del palanquín y levantóse Atahualpa, mirando alrededor de sí majestuosamente, con gesto imperioso, como si exigiera la inmediata presencia del hombre blanco...

”En este crítico momento, acompañado por Felipillo, el intérprete, salió de una casa un fraile dominico, llamado Valverde, quien, llevaba una gran cruz de madera en una mano y una Biblia en la otra. Acercáronse los dos al Inca, y, después de una reverencia. respetuosa, alzó el fraile la cruz ante el asombrado y desconcertado inca.

”Y luego, mediante la insegura ayuda de Felipillo, pues es muy probable que este mismo no comprendiera una sola palabra de lo que debía traducir, manifestó Valverde que era un servidor del único y verdadero Dios, y que, como tal, su deber consistía en enseñar la palabra divina, según el Santo Evangelio. Dicho esto, ofreció al inca la Biblia para que la examinara.

"Atahualpa le miraba en silencio, mientras su cara inexpresiva no traicionaba ni uno solo de sus pensamientos.

"Entonces trató el fraile de explicarle alguno de los misterios de la fe cristiana, y cuando creyó que su oyente había comprendido, por lo menos algo de lo que le había dicho, continuó diciendo que el Papa y el Rey de Castilla habían confiado a Pizarro el cargo de gobernador del Perú, por lo que invitaba al inca a que abjurase el paganismo y adoptase la fe cristiana, jurando también fidelidad al Rey Carlos V, sometiéndose a su embajador Pizarro, quien, le aseguraba Valverde, había venido como amigo, pues al verdadero Dios le disgustaban las guerras.

"Terminado su discurso, le ofreció de nuevo la Biblia, que el inca tomó ahora entre sus manos. Después de examinar el poco atractivo y raro objeto, lo arrojó al suelo, con un gesto despreciativo y molesto, para exclamar con rabia:

”—¡Qué salga toda esa canalla!... ¡Bien se han portado durante su marcha, maltratando a algunos de mis jefes y saqueando mis dominios! ¡No saldrán de aquí hasta que me hayan dado una satisfacción de su proceder, o serán muertos!

”Intentó el fraile presentar sus excusas, pero de nada le sirvió. Aunque el inca no había entendido las palabras referentes a la fe cristiana, se había dado cuenta de que un desconocido Papa y un Rey, potentes y poderosos, al considerar como propias las tierras de allende los mares, pretendían disponer de un Imperio que le pertenecía.

"Comprendiendo que ya nada podía apaciguar a Atahualpa, recogió Valverde su Biblia, pero al hacerlo dejó caer la Cruz, y bajando la cabeza se fue hacia la casa en que estaba escondido Pizarro.

—¿Ha visto vuestra merced lo que ha hecho ese pagano? Sin embargo, le perdono.

"Pizarro, que, como todos sus hombres, era casi fanático en cuestiones religiosas, persignóse bajando la cabeza. Seguidamente se presentó en la puerta de la casa, blandiendo su espada, que era la señal que esperaban sus soldados.

”Enseguida oyóse el ronco tronar de los cañones de la fortaleza, aumentado por el ruido de mosquetones y arcabuces, y el sonido de las trompetas.

”De todas las puertas frente a la plaza salieron soldados, que al grito de “¡Santiago y cierra España!” se lanzaron sobre los indios. Cargó la caballería por tres flancos; las sonajas y cascabeles sujetos a las guarniciones de los caballos resonaban con mucho ruido, aumentando así el miedo de los peruanos, quienes retrocedieron hacia el centro de la plaza, llenos de espanto.

”A1 eco de esta conmoción estruendosa huían millares de indios, cegados por un terror pánico, tal como si fuera un rebaño de ovejas acosado. Los cronistas españoles que tomaron parte en este ataque declararon que, aunque Atahualpa había prometido venir sin armas, sus guerreros las llevaban ocultas bajo sus ropas.

”Afirma un hermano de Pizarro, así como también varios historiadores de aquella época, que tan segura tenía el inca la captura de toda la fuerza española, que algunos de sus hombres llevaban ya las gubias para sacar los ojos de los blancos.



—Huyeron a la desbandada hacia las montañas.

”El grueso del ejército peruano y el séquito real, acampados a unos tres kilómetros del pueblo, huyeron a la desbandada hacia las montañas, dejando abandonado al inca, que, rodeado por sus nobles y gran número de indios, hallábase todavía en su litera y en evidente peligro ante el ataque de los españoles, quienes mataron

luchando a los que trataban de defender a su monarca.

"Temiendo que pudieran matar a Atahualpa en este confuso tumulto, Pizarro, con veinte hombres escogidos, se lanzó entre los atemorizados indios, hacia la litera que oscilaba en el aire como si fuera una balsa en alta mar durante una tempestad.

”Dando voces a sus hombres, les ordenó no matar a Atahualpa, y al llegar a la litera, agarró al inca por el manto y le arrastró por el suelo. Al extender Pizarro el brazo, uno de sus soldados, enardecido por la lucha, le hirió casualmente en la mano, y otro, que por lo visto iba haciendo colección de trofeos arrancó la borla imperial de la cabeza de Atahualpa.

"Cuando vieron caer a su monarca, que acto seguido fué llevado prisionero a una casa, dispersáronse los indios, horrorizados.

"Terminó por fin la terrible lucha, tan inesperadamente como había empezado; ya anochecía, y una densa y fría lluvia puso término a los gemidos de los indios heridos y moribundos, que, en gran número, se hallaban tendidos por toda la plaza. El imperio del inca había presenciado la última puesta del sol y las ráfagas glaciales, desde— la montaña, cantaban su fúnebre endecha.

"Pronto se extendió la noticia de la captura de Atahualpa, llegando a oídos de miles de sus súbditos, que huyeron en todas direcciones.

"Centenares de indígenas habían encontrado la muerte, y, aunque parecía increíble, el único español que había recibido un ligero rasguño en este audaz golpe de mano, era Pizarro, con su casual herida en la mano.

"Aunque le hubiesen puesto grillos y montado una numerosa guardia que hiciese imposible cualquier tentativa de fuga, los españoles trataban a Atahualpa respetuosamente.

"Sobrellevaba el inca sus infortunios tan filosóficamente, que, después de la lucha, sentado al lado de su conquistador en una mesa de banquete, demostraba calma, sosiego y hasta locuacidad. Cuando Pizarro le presentó sus excusas por tener que considerarle como su prisionero, respondió que no veía en ello nada de extraño, pues durante las guerras era muy lógico que uno de los ejércitos saliera victorioso y el otro vencido,

"Con la ayuda de Felipillo declaró el inca que desde el primer día en que desembarcaron los españoles en el suelo peruano había

tenido noticias continuas acerca de sus movimientos. Y añadió que a sabiendas de que eran tan pocos les había permitido, con toda intención, cruzar las montañas tranquilamente, pues, además de su curiosidad por ver a los hombres del otro mundo, tenía la completa confianza de que sería muy fácil vencerles y apoderarse de sus nuevas armas y caballos.

"Llegó el alba sin incidente alguno, y por la mañana, con la ayuda de los indios de la vecindad, enterraron a los muertos y, restablecieron luego el orden general en el pueblo.

"En la conversación que el día anterior tuvo con el inca el fraile Valverde, éste había dejado caer al suelo su cruz de madera, como ya se dijo; los indios, que lo observaron, hallábanse firmemente convencidos de que este objeto misterioso encerraba en sí poderes sobrenaturales, y que en ellos consistía, sin duda, el secreto del poder invencible de los hombres blancos,

”Los soldados pudieron observar que los indios, desde aquella noche y durante varios días después de la batalla, veneraban esta desconocida insignia, que habían clavado en el suelo, precisamente en el mismo lugar donde había caído de las manos del religioso.

”Con el inca en su poder y el ejército imperial totalmente desmoralizado, empezó Pizarro a forjar sus planes para el futuro. En primer lugar, mandó que un grupo de soldados recogiera el botín dejado en el campamento de Atahualpa.

"Encontráronlo todo abandonado, pues nadie se atrevía a quitar nada sin tener órdenes del inca; sus súbditos consideraban sagrada la propiedad real. Cayó en manos de los soldados fabuloso botín, consistente en vajillas, de oro macizo, piedras preciosas, ornamentos y una enorme cantidad de paños primorosamente tejidos.

"Entre los muchos prisioneros hallábase un grupo de nobles con sus mujeres, pertenecientes a la casa real, y quienes atendían ahora a Atahualpa.

"Pusieron en libertad a los demás presos, advirtiéndoles que si alguna vez volvían a pelear con los blancos, serían terriblemente, castigados.

"Como le trataban bien, se acomodó pronto el inca a su nuevo modo de vivir, e incluso pareció otra persona, indiferente a su suerte, hasta tal punto que a veces reía y bromeaba con los oficiales

españoles, quienes le enseñaron a jugar a los dados.

"El juego que más le gustaba era el ajedrez; en poco tiempo dominó de tal manera las reglas y triquiñuelas del juego, que llegó a ser un jugador formidable, pues tenía buena memoria y lo comprendía todo con maravillosa rapidez.

"Entre las muchas cosas que le regalaron algunos españoles, había un vaso de cristal veneciano. Al examinar el presente, admirado, peguntó si el Rey de Castilla era el único que usaba tales vasos. El donante, sin duda para impresionar, a Atahualpa, contestó que no sólo los reyes, sino también los nobles y hasta el populacho, bebía en aquellos vasos, en su país natal. Al oír esto, el inca dejó caer el vaso del entre sus manos al suelo, donde se hizo añicos, al mismo tiempo que se reía desdeñoso, exclamando con mucha arrogancia:

"—¡Entonces, una cosa tan vulgar no merece la estimación de nadie!

"Otro factor que, además de la prisión de Atahualpa, favorecía sumamente a Pizarro, era el hecho de que durante un reciente combate entre Atahualpa y su hermano, el inca rival, Huascar, éste fuera derrotado, cayendo prisionero, y siendo conducido después a una fortaleza entre las montañas cercanas, donde fué encerrado.

"A pesar de la derrota, sus partidarios dominaban en determinados, sectores del país, y de este estado de cosas pensaba aprovecharse Pizarro, que iba adquiriendo noticias muy útiles.

"Se enteró Pizarro por varios conductos de que los adictos de Huascar se regocijaban secretamente de que Atahualpa hubiera caído en manos de los hombres blancos, a quienes consideraban como sus salvadores, enviados por el dios del Sol para liberarlos de sus enemigos.

"El taimado y astuto Atahualpa pronto adivinó el motivo a qué obedecía el vivo interés de los españoles en conocer los detalles de la lucha entre él y su hermano, y empezó a temer que si su rival, a quien todavía consideraba prisionero suyo, pudiera evadirse o ser liberado por los españoles, le sería muy fácil declararse el monarca único de todo el imperio.

"Acaso no le faltase razón a Atahualpa para alarmarse, y cuanto más pensaba en ello más crecían sus inquietudes y sus esfuerzos, para recobrar su libertad.

"Cuando se enteró de que Pizarro pensaba actuar de árbitro entre él y Huascar, se acentuaron sus sospechas. Nadie mejor que él sabía que era muy justa la rivalidad de su hermano, y como era inteligente, se dió cuenta de que el carácter sosegado y sencillo de Huascar contribuiría a que los españoles le pusieran en el trono como emperador, aunque sólo de nombre y al dictado de sus mandatos. Por consiguiente, y en vista de que todas estas alarmantes conjeturas pudieran convertirse en pronta realidad, decidió Atahualpa intentar sin pérdida de tiempo, cuanto estuviera a su alcance para recuperar el trono.

”Ya desde" los primeros informes sobre la llegada de los blancos a la costa sospechaba que el oro era lo que más les atraía, y basado en esta convicción, proyectó un plan para conseguir la libertad.

"En efecto, días después, al visitarle Pizarro y sus oficiales, les hizo de repente una proposición tan extraordinaria que al principio le creyeron loco.

—Si pudiera cubrir este suelo de oro y plata, ¿me dejaríais en libertad?—les preguntó de repente.

"Al oír esto, los españoles se miraron entre sí, sonriendo con incredulidad, pues juzgaron que el hacerlo serías completamente imposible: el aposento tenía unos veintidós metros de largo por dieciséis de ancho.

"Observando Atahualpa que no le daban crédito, púsose en pie, alzó un brazo hasta donde podía llegar, hizo una señal en la pared y al mismo tiempo exclamó:

”—No sólo cubriré el suelo, sino que, en el caso de prometerme la libertad, llenaré esta habitación hasta aquí.

"Quedáronse los oficiales estupefactos, mirándose con gran asombro una vez que el intérprete Felipillo hubo traducido sus palabras a Pizarro.

"Trazaron en la pared una línea encarnada alrededor de toda la estancia, y a la altura que había indicado el inca con su propia mano, y acto seguido acordaron que en el plazo de dos meses debería llenar este hueco— que tendría tres mil pies cúbicos—de oro, y asimismo una habitación contigua, pero más pequeña, de plata.

"Un notario español redactó las cláusulas de este singular documento; según éste, se prometía la libertad a Atahualpa, con tal

de que el rescate se pagara íntegramente dentro del tiempo estipulado, y bajo la condición de que se comprometiera a dejar de conspirar o de llevar a cabo cualquier otro acto de rebelión o de traición contra los españoles.

"El convenio dió ocasión para que cada vez visitaran a Atahualpa más y más nobles mensajeros, hasta que, por fin, sospechó Pizarro que acaso estuvieran tramando algo contra él.

"En estas circunstancias, un encuentro con los indios hubiera sido muy grave, pues aún no habían llegado de Panamá los refuerzos que los españoles aguardaban con impaciencia.

"Aunque los dos rivales pretendientes al cetro peruano permanecían en sus respectivos cautiverios, estaban secretamente al corriente de todo. Ambos despachaban y recibían sus mensajes clandestinamente.

"Mientras tanto, se hallaban en camino todos los indios enviados a los distintos lugares del imperio para recoger el oro y la plata ofrecidos para el rescate de su monarca. Un grupo enviado a Cuzco iba acompañado por tres soldados españoles, los cuales hacían el viaje reclinados en hamacas conducidas por indios.

"La distancia de Cajamarca a Cuzco es algo mayor de cien leguas, y la carretera atraviesa una de las regiones montañosas más extraordinarias del mundo.

"No se sabe por qué razón eligió Pizarro a estos hombres, ignorantes e irresponsables para una misión tan importante, pero es posible fuera debido a que eran los únicos individuos de su tropa que en aquellas tiempos podían hablar y comprender algo de la lengua *quichua*.

"La misión de estos tres soldados era vigilar y acelerar las entregas del oro, y también adquirir informes sobre Cuzco y los demás pueblos situadas a lo largo de la ruta.

"Las órdenes de Atahualpa de que dispensasen a los blancos los mismos honores y obediencia que a él mismo, eran cumplidas por sus súbditos con tal fidelidad, que por doquiera pasaron o hicieron alto los tres españoles fueron tratados como semi dioses. Por eso, aprovechándose estos ignorantes de su posición, y abusando de la sumisión de los peruanos, se portaron muy mal con ellos.

"Entraron descaradamente, en los palacios y templos, cuyos tesoros mandaron desalojar. No satisfechos con esto, humillaron a

los nobles y sacerdotes, y tuvieron el atrevimiento de hospedarse en el sagrado edificio de las Vírgenes del Sol.

"Pero, pese a esos desmanes, continuaron las operaciones de recoger el rescate de Atahualpa.

"Transcurrieron varios meses y todavía hallábase Atahualpa como prisionero en Cajamarca. Desde todas las partes de su imperio llegaban columnas de cargadores con el rescate, y a medida que amontonaban el tesoro impacientábanse los partidarios del inca por ver llegar el día de su liberación.

"Durante algún tiempo sospechó Pizarro que su prisionero mantenía comunicaciones secretas con sus generales, y temía por eso que, al retirarse los ejércitos indios a las montañas, hubiesen hecho preparativos para un ataque a Cajamarca.

”Al acusar al inca de ser el instigador de aquella conspiración, éste lo negó rotundamente, asegurando que todos sus súbditos obedecían sus órdenes de tratar a los españoles con absoluta deferencia. No obstante, a despecho de estas garantías, todavía abrigaba Pizarro sus dudas, y cuando, se enteró de que, por órdenes de Atahualpa, habían dado muerte a Huascar, su indignación fué enorme, pues abrigaba la esperanza de hacer de la víctima un emperador nominal.

"Según los informes adquiridos, en el momento en que los asesinos sacaron arrastrando a Huáscar de su prisión, trató él en vano de hacerles algunas consideraciones; y al arrojarle a un turbulento río de la montaña, del cual nunca podría sacarse su cadáver, exclamó:

"—Mi reinado ha sido corto, pero el traidor que dispone de mi vida, a pesar de ser súbdito mío, no reinará más tiempo que yo.

"Recibió Pizarro la noticia de que| su socio Almagro, había llegado por fin de Panamá, con cuatro barcos, doscientos hombres, cincuenta caballos y dos o tres expertos capitanes.

"Al parecer, los recién llegados habían sufrido grandes calamidades, durante el viaje por mar, y por eso éstos, descorazonados, querían volver a Panamá, pero cuando se enteraron de la gloriosa campaña de Pizarro, y al saber que Atahualpa estaba en sus manos y había ofrecido un rescate tan fabuloso, olvidaron sus penas y su entusiasmo fué indescriptible.

"Acompañaba a Almagro un secretario oficial del Gobierno, que

luego resultó ser un hábil intrigante. Por lo, visto, debía saber que, dos años antes, la última vez que. Pizarro zarpó de Panamá, no era muy amigo de Almagro, y a poco de desembarcar en el Perú, este secretario, que indudablemente trataba de poner una vela a Dios y otra al diablo, mandó en secreto un mensaje a Pizarro. En él le manifestaba que Almagro no había venido para unirse a él, sino para emprender una expedición por propia cuenta, abrigando la intención de establecer un gobierno independiente en el país, que esperaba poder conquistar.

"Al llegar este mensaje a su destino, Pizarro, en vez de sentirse molesto o alarmado, mandó inmediatamente un mensaje de bienvenida a su socio, rogándole que viniese a Cajamarca cuanto antes para participar de su buena fortuna.

"Almagro, al descubrir las malévolas intrigas del secretario, ordenó que se le formase juicio, y, resultando culpable de traición, le condenó a muerte.

"Desde que salió Pizarro de la colonia en su famosa marcha hacia lo desconocido, para encontrarse con el Inca y su potente ejército, los oficiales enviados al Perú por el Gobierno español, para vigilar el reparto del tesoro y de la tierra, se habían quedado cómoda y prudentemente en San Miguel, próximos a la costa.

"Cuando los hombres de Almagro hicieron sus preparativos para la marcha hacia Cajamarca, estos prudentes oficiales, fieles a su carácter, así como unos cuantos soldados que habían preferido quedarse en la colonia, creyeron que ya había llegado el momento de aventurarse con toda seguridad en el interior del país. Puestos de acuerdo, al salir Almagro con su tropa en dirección a las abruptas montañas, aprovecháronse estos caballeros de la oportunidad de viajar bajo su protección; todos querían estar presentes en el reparto del rico botín.

"Después de una marcha sin incidentes, y al aproximarse Almagro al término de su viaje, salió Pizarro de la ciudad, acompañado de varios de sus hombres, para recibir a los nuevos refuerzos, y, al verse, los dos comandantes saludáronse con muestras de sincera alegría y amistad.

"Pizarro se mostró muy contento al enterarse que, después de la última vez que había visto a su viejo asociado, éste había sido nombrado mariscal por el Rey de España.

"Bota contra bota, los dos amigos cabalgaron hacia el interior de la ciudad, seguidos por los soldados, muchos de los cuales reuníanse ahora con antiguos amigos y compañeros de armas.

”A1 llegar a Cajamarca, Almagro \visitó al inca, quien era objeto de gran curiosidad para todos los recién llegados.

”Aun cuando la presencia de más soldados españoles aumentó los temores y aprensiones de Atahualpa, no lo demostró. Sólo cuando, poco después de la llegada de Almagro, vió una luz brillante que atravesaba el firmamento, sus ideas supersticiosas produjéronle gran abatimiento, pues recordó que, pocos días antes de la muerte de su padre, éste había observado una señal parecida.

"Parecían haberse olvidado las antiguas diferencias entre Pizarro y Almagro, y, a medida que iba entrando cada vez más oro en Cajamarca, levantábase también el ánimo de la tropa española.

”Casi un mes después de la llegada de los refuerzos, tuvieron noticias de que Hernando Pizarro se acercaba a la ciudad, en su viaje de regreso desde Pachacamac. Su hermano Francisco, acompañado por Almagro y algunos oficiales, salieron alegremente a recibir a los expedicionarios. Cuando Hernando vió a Almagro, a quien odiaba desde el primer día que se encontraron en Panamá, se volvió de espaldas a él, y de tal manera mostró sus sentimientos, que tuvo que intervenir Francisco Pizarro, y obligarle a ofrecer sus excusas.

"Almagro aceptó la mano del ofensor, pero este incidente iba a ser la chispa que acabaría por producir el desastre.

”E1 general indio que acompañaba a Hernando había procurado mantener severamente su dignidad, hasta con arrogancia, pero ante Atahualpa, cambió por completo su manera de proceder. Se quitó las sandalias, y colocó el habitual hacecillo de varas sobre su espalda encorvada, dando así muestras de sumisión y respeto. Atahualpa recibió en sus pies los besos del arrodillado general, sin decir ni una sola palabra como si fuera un ídolo.

”A pesar de la inmensa cantidad de oro llegada a Cajamarca, las dos habitaciones que servían de depósito no se habían llenado todavía hasta la señal trazada alrededor de sus paredes, y ya había terminado el plazo para el pago del rescate.

”A1 poner de manifiesto al inca esta tardanza, contestó que debido a las grandes distancias existentes entre los pueblos,

necesitarían sus corredores mucho tiempo para conseguir todo lo requerido. Sin embargo, no quedó Pizarro satisfecho con esta explicación, y sospechó que el retrato era un pretexto para dar tiempo a que pudieran agruparse los ejércitos de Atahualpa.

”Por otra parte, el prisionero adivinó que a pesar de sus órdenes, una gran parte del oro de loa templos y palacios habría sido ocultado por los partidarios de su hermano, que sentían por él manifiesta hostilidad.

”La distribución del producto del rescate dió origen a muchas discusiones. El tesoro se componía de gran variedad de objetos: vasos, platos y ornamentos de oro y plata en distintos grados de pureza. Por eso, y con el fin de poder efectuar una división justa y equitativa, decidieron fundirlo todo, reduciendo los objetos a lingotes de igual tamaño y peso, lo mismo para el oro que para la plata.

"Trabajaron en ello, de día y noche durante un mes, cien expertos artífices indios.

"Pero los soldados recién llegados con Almagro, insistían en recibir una parte igual a la de los demás. Al replicar los hombres de Pizarro que ellos habían llevado a cabo el trabajo más peligroso, cual fué el de capturar al inca, contestaron los recién llegados que, antes de alistarse en Panamá, les había sido prometida una participación igual en las ganancias de la campaña.

Después de mucho regatear, se convino, por fin, que los hombres de Almagro recibirían cien mil pesos oro, y que en lo sucesivo tendrían derecho a una participación igual que los demás en los tesoros que se consiguieran después.

"Hizóse un montón con todos los lingotes de oro y plata, y comenzó la distribución del más rico botín conocido hasta entonces en la historia del Mundo.

"Practicó Pizarro la difícil y delicada tarea con suma habilidad y recta justicia, y aun cuando no existen datos acerca de las varias personas que facilitaron dinero para su expedición a Panamá, se sabe que no los olvidó.

”La primera cuestión importante era informar a la Corte de España, acerca de los acontecimientos ocurridos en el Perú. Después de deliberar, acordaron que Hernando Pizarro hiciese el viaje para entregar personalmente la quinta parte correspondiente al Rey,

tanto del valor del rescate de Atahualpa, como de los demás tesoros conseguidos durante la campaña.

"Y considerando la oportunidad de aquel momento, Hernando debía solicitar más poderes administrativos para Pizarro y honores y títulos para algunos de los que se habían distinguido particularmente en el campo de batalla.

"No se fiaba Almagro de Hernando, por lo que secretamente recomendó a dos amigos suyos, que hicieran el viaje a España, le vigilaran y si fuera necesario, abogaran en la Corte en favor suyo.

"Los rumores de la formación de ejércitos indios en las distintas partes del Imperio del inca, inquietaban constantemente a los soldados españoles, y producían mucha alarma entre ellos.

"Es muy probable que los partidarios de Huascar propagaran estos informes alarmantes con la intención de perjudicar a Atahualpa, quien tenía tantos enemigos entre los peruanos, como amigos y adictos.

”El prisionero pidió su libertad en varias ocasiones, pero Pizarro, en virtud de haber recibido nuevas noticias respecto a proyectados disturbios indios, reforzó la guardia que le custodiaba.

"Pronto perdieron la serenidad algunos oficiales y soldados, y pidieron la muerte inmediata de Atahualpa. Declaraban que su desaparición llenaría de espanto a los peruanos, impidiéndoles el conspirar y entorpecer la marcha hacia Cuzco, para completar la conquista del país.

"Pasado algún tiempo, llegaron a ser tan alarmantes los rumores, que Pizarro visitó al inca, y con gran enojo le acusó de traición.

"Con el fin de calmar las sospechas y temores de su acusador, le replicó el prisionero:

"—¿Estás bromeando? ¡No sé por qué me consideras una persona tan estúpida, que teniéndome como me tienes, en tu poder, y vigilado, llegas a imaginar siquiera, haya pensado en una traición. Si ordenase a mi gente que te atacaran, con toda seguridad me cortarías la cabeza. Estás mal informado con respecto a mis súbditos y al poder que sobre ellos tengo, si crees que harían algo en contra de mis órdenes. En mis dominios no vuela un pájaro ni se mueve una hoja contra mi propia voluntad.

"A pesar de estas taimadas afirmaciones, aumentaba de día en día la alarma en el campamento español, y pronto otros militares y

los oficiales del gobierno formaron un grupo que pedía la inmediata ejecución de Atahualpa.

"No obstante, todas estas reclamaciones, se negó Pizarro a tomar decisión tan violenta, asegurando que no existía prueba alguna de la complicidad del prisionero en cualquier acto de traición, o de que hubiera faltado a su palabra.

"De Soto y unos pocos capitanes eran de la misma opinión que su caudillo, y cuando se divulgó el rumor de que un potente ejército peruano se hallaba formado a unas cuarenta leguas de Cajamarca, y que era de esperar su ataque de un momento a otro, salió De Soto, con toda prisa, al frente de un destacamento, para asegurarse de la verdad de esto último y alarmante informe.

"Al ver salir a este grupo explorador, estalló un gran tumulto en la guarnición española; los soldados y oficiales, enojados, pedían que llevasen inmediatamente a Atahualpa ante un juez.

"Al principio se opuso Pizarro, pero tanto y tan vivamente insistieron, que comprendió que si no les complacía, iban a producirse grandes disturbios entre su tropa.

"Ordenó la formación de un tribunal de Justicia y el inca fué conducido ante Pizarro y Almagro, que actuaban de jueces.

"La parte fiscal acusaba al prisionero del asesinato de su hermano, y de ser el instigador de una insurrección contra los españoles. Entre otras acusaciones había las de poligamia, idolatría y maridaje incestuoso.

"El jurado, después de deliberar, emitió veredicto de culpabilidad, por una mayoría de diez contra uno. La defensa expresó la opinión de que eran insuficientes las pruebas contra el acusado, y pedía una suspensión del juicio hasta el regreso de De Soto, con el informe que había ido a buscar sobre los movimientos de los ejércitos peruanos.

"Mantuvo la defensa, además, que el Rey de Castilla era el único que tenía el derecho de sentenciar a un monarca, y por eso, exhortaba a que se trasladase al inca a España.

"Algunos miembros del Tribunal expresaron el temor de que la ejecución de Atahualpa pudiera tener serias repercusiones en todo el Perú, e insinuaron que la fuerza española era numéricamente insuficiente para afrontar ciertas eventualidades.

"Después de un gran debate sopesando el pro y el contra de la

situación, se declaró que el veredicto de “culpable” era firme, y que la sentencia debía cumplirse aquella misma noche.

"Tuvo Atahualpa muy mala suerte al tener a Felipillo de intérprete durante el juicio, pues más tarde se demostró que el intrigante joven indio, deformó maliciosamente las declaraciones del inca y de algunos de sus súbditos llamados como testigos.

"No se sabe de cierto si es, o no verdadero, pero parece posible que en lugar de traducir con fidelidad, falseó las palabras de Atahualpa, para conseguir que fuese ejecutado. Se dice que procedió así por haberse enamorado de una de las concubinas del inca, y que ésta, después de rechazar sus pretensiones amorosas, informó a su amo. Atahualpa, indignado, se dirigió en vano a Pizarro pidiendo que se castigara al ofensor, ya que éste deformó lo que el inca decía, y manifestó que todo se trató de simple escarceo amoroso. Pero desde aquel momento nació en el joven intérprete un profundo odio hacia el monarca cautivo, cuya vida en aquéllos momentos dependía de la honradez de su misión.

”A1 oír Atahualpa el fallo del tribunal, exclamó, frenéticamente indignado:

—¿Qué es lo que yo he hecho, o mis mujeres e hijos, para merecer este castigo?

"Después consiguió recuperar la serenidad, y estoicamente esperó la hora de su muerte.

”Dos horas después de la puesta del sol, el día 29 de agosto de 1533 resonaban las trompetas en la plaza de Cajamarca, donde se habían congregado los soldados.

"Gran número de antorchas daban una luz trémula esparciendo sombras quiméricas sobre los muros, en el momento en que rodeado por una guardia de soldados, salió Atahualpa del portal. Avanzaba lentamente, porque los grillos y las cadenas entorpecían sus pasos.

"Delante de él iba el fraile Valverde, llevando una cruz. Al llegar a la pira de haces de leña, en el centro de la cual había un grueso poste, hizo alto la fúnebre procesión.

"Dirigiéndose al Inca por conducto del intérprete, hizo el dominico sus últimos esfuerzos para convertirle al Cristianismo.

"Expuso al monarca, que, si aceptaba el bautismo, en lugar de morir en la hoguera, sería estrangulado, y sus sufrimientos mucho menores.

"Durante los nueve meses y medio que el inca estuvo prisionero, lo mismo el fraile que todos los demás, habían hecho los mayores esfuerzos para convertirle al Cristianismo, pero siempre se había negado a abjurar su fe.

"Sin embargo, ahora, meditó unos instantes en completo silencio, haciendo reflexiones sobre su desesperada situación. A continuación manifestó su deseo de ingresar en el seno de la Iglesia Católica, y enseguida, le bautizaron ceremoniosamente, recibiendo el nombre de Francisco.

"Después del bautismo entregáronle a los verdugos, quienes anudaron una cuerda a su cuello para estrangularle, apretándola y torciéndola por medio de un palo.

"Al conocer la población india de Cajamarca la muerte de su monarca, llenóse el aire de amargas lamentaciones.

"Los cortesanos del inca y muy en particular sus concubinas, recorrieron las calles, muy agitados, implorando de los españoles- que los matasen, pues, según sus creencias, al morir ahora, seguirían a su amo hacia la Morada del Sol.

"Habiéndoseles negado esta petición, algunas de las mujeres, enloquecidas, ahorcáronse con sus propios cabellos; y muchas más hubieran hecho lo mismo, si Pizarro no hubiese adoptado inmediatamente las medidas necesarias para impedir suicidios en masa.

”Rezóse una Misa de Réquiem, y una vez terminada, enterróse a Atahualpa al lado de las tumbas de los soldados españoles muertos, si bien, pocas noches más tarde, los indios desenterraron clandestinamente los restos de su monarca.

”Unos afirman que los llevaron a Cuzco; otros dicen que los sepultaron en determinado lugar entre las montañas, junto con una fabulosa cantidad de oro, y aunque los españoles trataron de conocer el sitio, interrogando a una porción de indios y buscando los restos por todas partes, es lo cierto que nunca pudieron hallarlos.

"Este misterio dió origen a muchas leyendas.

”A1 divulgarse la noticia de la muerte de Atahualpa por todo el país, fueron tantas las demostraciones de pena y lealtad y tan profundo el dolor, que muchos hombres y mujeres se suicidaron, y por todas partes, excepto en las regiones habitadas por los

partidarios del difunto Huascar, alzábanse gritos de protesta hacia el Sol, en contra de los españoles.

"Pocos días más tarde de la ejecución, De Soto y su tropa llegaron a Cajamarca de regreso de su exploración. Por donde habían pasado les habían recibido los indios muy amistosamente, y no hablan visto ni rastro siquiera de ejércitos peruanos.

”A1 enterarse De Soto de lo que había ocurrido durante su ausencia, se indignó furiosamente, y Pizarro, que ahora se dió cuenta de que había cometido un gran error, censuró a ciertos capitanes por su actitud, y para excusarse declaró que nadie, en su lugar, hubiera podido oponerse a la demanda de sus hombres, sin correr el riesgo de provocar una sublevación.

"A esto replicó De Soto con enojo que aunque Atahualpa hubiera sido culpable, nadie, excepto el Rey de Castilla, tenía derecho a condenarle, y que debiera haber enviado al inca a un tribunal en España.

"Estos argumentos, tan bien fundados, parecíanse tanto a una peligrosa acusación, que todos aquellos que de alguna manera aparecían relacionados con el reciente proceso y la ejecución de la sentencia, empezaron a echarse las culpas unos a otros, llegando a reñir.

"La superioridad formó expediente y...-”

Diego Lucientes aburrido, soltó el libro, que cayó de sus manos. Había libado en demasía, y sentíase ebrio... Cerró los ojos, y extendiendo las piernas, adosóse contra el tonel.

Capítulo VI

El sueño de Diego Lucientes

Sobrecogido y deslumbrado, el pelirrojo madrileño, vió aproximarle una figura femenina...

Era una mujer de negrísimos cabellos que en melena rizosa enmarcaban una faz de blanquísima tez. Tenía unos ojos pardos, algo hundidos, pero grandes, de mirar inquietante.

Era hermosa, lozana, y sus rojos labios eran tentadores. Pero el exceso de vino inspiraba en Lucientes, a la vez que una vaguedad difusa, una exacerbación de su facultad de análisis.

No podía determinar si era una visión o una realidad. Continuó sentado, extendidas las piernas, y apoyada la cabeza y los hombros en el tonel.

—Nenúfar...—murmuró—. Sí, esto me pareces., mujer de mis sueños o pesadillas. Eres de aspecto hermoso y lozano, como esa flor que tiene sus raíces en el barro pantanoso, de obscuros fondos. Pero eres bella...Es hermoso soñar... Gracias, espíritu de Baco. Más te agradezco esta visión, que la de mis acreedores o enemigos. ¿Cómo te llamas, visión?

—Dolores González.

—Tate... ¿Eres británica?

—De Málaga soy.

—Como las uvas pasas. ¿Y qué haces por esta bodega, delicioso nenúfar?

—Quiero hablar con vos.

—Tutéame. Somos de confianza.

—¿Quién eres tú?



—Quiero hablar con vos.

—Diego para ti, Lucientes para los seres de carne y hueso. Bienvenida, fantasmal belleza. Tienes ojeras..., Claro, el trasnochar...

—Mis ojeras son de desvelos por recuerdo de antiguo amor. Pero no vine a hablar contigo de mí, sino de ti.

—Excelente tema de conversación. Puedes sentarte. Ya sabrás que a nosotros, hombres, aun en sueños, nos despepita hablar de nosotros mismos. Esta es nuestra debilidad, la que nos entrega inermes a vuestras manos.

—Mal te trataron las mujeres, cuando así hablas de ellas.

—Error, craso error. Me trataron bien, pero es que les pedía lo que no supieron darme: ternura, sin mimos hipócritas; dulzura, sin empalagos falsos; espiritualidad... Bésame, Lola, que al menos en sueños, los besos no encadenan ni dejan recuerdo.

—Besaré si me dices quién eres.

—Diego Lucientes, vividor, alocado, imbécil, tarambana, “cantamañanas” y fulero.

—Bebedor también.

—También.

—¿Cuál es tu profesión?

—Hay carteles por las paredes en las plazas de todo este continente, que me describen como pirata en rebeldía. ¡Ah, pero no soy un piratucho de baratillo! No, que no... Soy y fui| lugarteniente del Pirata Negro, otro de los que conmigo se alojan en este mesón, cuyo vino es digno de ser malagueño. ¿Conque tú eres malagueña, eh?

—Sí.

—¿De cuándo acá las mujeres de sueños, tienen patria?

—Lola me llamaste, y me pediste un beso. ,

—Por pedir nunca me quedo. El “no” siempre se tiene de antemano. Quiero contarte lo que me sucedió en un baile, allá por mis tiempos de vagabundeo. Invité a una señora de magnífica estampa, y al primer compás, inquirí si estaba dispuesta a casarse conmigo. ¿Sabes lo que sucedió?

—Debió darte calabazas.

—Me dió un espléndido bofetón. Después corrió a avisar a un familiar suyo, tan familiar como que era su propio esposo. El tal, me cogió desprevenido y me largó otro espantoso cate. Pero cuando estaba yo en el suelo, medio atontolinado, debió compadecerse de mí, porque me dijo: “Pero, hombre de Dios, ¿ignorabais que era mi esposa y por añadidura dama honesta?” Le repliqué que lo ignoraba. Entonces quiso saber por qué le hice aquella proposición. Le contesté que a todas las que me aceptaban un baile, les dirigía yo la misma pregunta. El buen hombre sacudió la cabeza conmiserativo, y expuso su seguridad de que debía yo recibir muchos desengaños. ¿Sabes qué repliqué, Lola fantasma?

—Lo ignoro.

—Lo dije que era cierto... pero que también era ciertísimo, que obtenía muchas respuestas afirmativas. ¿Sonríes, fantasma? Me subyuga tu rostro... Tu mano es fría, fantasma, pero me encanta. ¿Por qué acaricia mi frente?

—Es atractiva tu cicatriz. Y dime, ¿quiénes son los otros compañeros tuyos que se alojan aquí?

—Uno, es nuestro jefe, el hidalgo Lezama, el gran pirata, que vuelve a estar en rebeldía, y de un momento a otro dará orden de atacar, cuando lleguen sus piratas, que escabecharán soldados desde fuera, mientras nosotros, desde dentro, ayudamos a limpiar el

terreno.

—¿Y el joven de arrogante planta...?

—¡Vaya, fantasma! ¿También tú enamorada del guapo chacal?

—Es ¿Chacal?

—Es su apodo, que como el reidor animal, tiene mezcla de zorro y lobo. Pero es animal, no bestia, al igual que yo.

—¿Y el de rostro arrugado por cicatrices?

—“Cien, Chirlos”. El mejor piloto y segundo de barco. Un pirata envejecido, que conoce todas las tretas. Está ahora con su compadre, el “Pencas”, un navarro graciosísimo...

—¿Por qué estos soldados rodean el mesón?

—Esperando que el virrey dé la orden de pretender llevarnos a cárcel, para que el verdugo nos cercene el cogote. Pero... llegarán antes los piratas del “Aquilón”.

—¿Y quiénes eran las dos damas que fuéronse en carroza?

—La marquesa de Ferjus, y Gabriela, mi listísima hija. Disfrutaron de especial indulto. Pero oye, Lola, para fantasma preguntas mucho. Ven acá, y deja que te susurre al oído delicadezas.

La visión fué esfumándose, retrocediendo con muda risa. Diego Lucientes púsose en pie, tambaleándose, tendidos los brazos.

Abrazó el vacío, y desplomóse de bruces...

Despertó sobresaltado, al sentir contra su rostro el choque de algo frío. Tardó en comprender que el Pirata Negro, en pie ante él, era quien acababa de arrojarle un jarro de agua.

—¡Maldito seas, borrachín! Tendré que cerrar la puerta de la bodega... Feo vicio el tuyo, don Diego del demonio. Trasiegas más vino que una esponja gigante. Terminarás por convertirte en un pingajo, y no lo quiero.

—¿Qué hora es?

—Las ocho de la mañana, mi señor. ¿Deseáis una taza de café bien caliente?

—Yo creo que un trago... no me vendría mal. La resaca se cura con ola chica. No seas tirano, hidalgo, y déjame soplarme de aquel odre que contiene aguardiente, cosa que como tú sabes recomiendan los médicos en ayunas, porque dicen que mata el gusanillo, y yo tengo desde niño lombrices.

—Viejo eres para que pretenda yo enmendarte.

—¿Viejo yo? Hasta en sueños, vienen a conquistarme damas gallardamente provocativas, que... ¡Zambomba!...

Y asombrado, miró Lucientes a sus pies, donde algo relucía.

—¿Qué pasa, don Diego? Esto es un lazo de seda...

—Lo es... ¡Lo llevaba en el escote Lola la malagueña!

—Agua... es lo que te hace falta.

—¡Te digo que Lola la malagueña...! ¡Carape!... ¡Y yo que creí que soñaba! ¡Maldita sea! ¡Qué ocasión me perdí!

—Sigues empapado de vinazo, estudiante.

—Veamos, veamos... ¡Aquí hay una mujer!

—Aquí no hay más que toneles, olor a uva, tú y yo. Sube conmigo a la azotea, que el aire libre disipará tus mujeres de pesadilla. Hasta durmiendo piensas en mujeres.

Ya en la azotea, y mientras Lezama contemplaba la estratégica colocación de los soldados, habló Lucientes:

—Era estupenda. Un nenúfar... Mirada a ratos falsa...

—Cesen las bobadas, don Diego. Empiezas a chochear. Ya no sabes beberlo... A tus visiones de borrachín empedernido, quieres dar apariencia de realidades, de hecho sucedido. Fíjate mejor en aquellos uniformes. ¿Qué novedad tienes que comunicarme, guapetón?

"Cien Chirlos", que acababa de asomarse acompañado por Bustamante, señaló al navarro con displicencia:

—Este, que con tu permiso, señor, cree en fantasmas.

Rió el Pirata Negro;

—No puedo negarle mi permiso para soñar con fantasmas, si tal es su manía. Ya sois dos, don Diego. Ven acá, navarro. Muchas son las veces que te he dicho que los fantasmas nos los creamos nosotros mismos, al igual que nuestras complicaciones y problemas.

—Sí, señor.

—¿Qué opinas ahora sobre fantasmas?

—Yo opino, señor, salvo tu mejor opinión, que en este mesón hay fantasmas.

—Lo mismo digo yo—afirmó Lucientes, interesado—. Escupe, "Pencas", y explica cómo es tu fantasma. ¿Es morena, incitante, de blanquísima piel enfermiza, pero a la vez de lozana presencia?

—¡Oh, no, señor Lucientes!—protestó el navarro—. A ese fantasma yo le hubiese agarrado... Perdón, señor... Yo quiero decir

qué si faltan jamones, hogazas y odres alguien se los lleva.

—Hijo mío, tienes maneras para explicarte, que confundirían al más preclaro cerebro. Trata de aclararme eso de los jamones.

Explicó el navarro la desaparición de los víveres de la alacena.

—Eso—comentó el Pirata Negro— tiene apariencia de más realidad. Puede relacionarse con tu sueño, que pretendes real, don Diego. El mesón ha sido registrado, pero no a fondo. Hacedlo bien... Cada, uno por un ala, espada en mano, pistola en otra, agujereando tapices y cortinajes. A ello, bergantes. Tú vendrás conmigo, don Diego.

Marcháronse los dos piratas, y cuando Lezama disponíase a descender en compañía de Lucientes, resonó un clarín.

Asomáronse al reborde de la azotea.

En el rellano de entrada, un capitán alzaba el rostro, haciendo ademán de querer entrar.

Poco después descorría Lezama los pesados cerrojos...

—Pasad, señor capitán. Sois mi huésped.

El oficial, de tez curtida, miembros nudosos, y marcial apostura, saludó entrando:

—Teodoro Azpilueta, capitán de caballería, señor conde. A vuestras órdenes.

—Gracias, capitán. Siempre sostengo la máxima de que lo cortés no quita lo valiente. Sin dármelas de adivinador, presumo por algo de cohibimiento en vuestro porte, que no sois portador de buenas noticias.

—Acaba de llegar mensajero del Virrey. Traía para vos, señor conde, este pliego.

Desdobló Lezama el pliego, leyó, y al terminar lo tendió a Lucientes.

—Puedes leer en voz alta, don Diego. Debe enterarse nuestro capitán sitiador, por obligación.

Leyó Lucientes burlonamente, con tono engolado:

> “Nos, Renato Pereña, marqués de Alvear, como Virrey en mando delegado de Su Majestad, decidimos:
>
> “Comunicar al señor conde Ferblanc, que desde el momento de firmar recibo de la presente orden, hasta transcurridas veinticuatro horas, queda emplazado para

acompañar a la escolta, que al mando del capitán Teodoro Azpilueta, deberá entregar a manos del alcaide de la fortaleza de Latacunga, a los reclamados piratas en rebeldía, Diego Lucientes y Cheij Khan.

"Comunicar al señor conde Ferblanc, que si rehusara obedecer, al término de estas veinticuatro horas que generosamente otorgo, para que reflexione en la justicia que dispuestos estamos a llevar a cabo, damos orden al referido capitán para que por la fuerza de las armas, haga cumplir lo que determino.

"Dios salve a vuestra merced.

“*Renato Pereña,*
marqués, de Alvear.”

Dado en Latacunga, a doce de junio de 1723.”

—Acércame aquella pluma y su correspondiente mojadero, don Diego.

—¿Hablaste de majadero?—sonrió Lucientes, obedeciendo.

Escribió Lezama bajo la firma del Virrey:

“Acuso recibo a Su Excelencia. Acepto el plazo de reflexión. Lo necesito.

“Conde Ferblanc.”

—Tened, capitán. Ahí va mi acuse de recibo. No pongáis ese rostro compungido.

—Lamentaría, señor conde, que al término de las veinticuatro horas, tuviese yo que atacar. Creedlo.

—También yo lamentaría tal percance. Pero mientras, señor capitán, esperemos que todo se arreglará por las buenas.

—Con vuestra venia me retiro.

Ya cerrada de nuevo la puerta, gruñó Lucientes:

—Muy cortés... pero mañana a esta misma hora, él y sus cincuenta soldados vendrán por nuestra piel. Aun para ti, esforzado paladín que para todo tiene solución, va a serte más difícil que tragarte un gato vivo, hallar escape, Son cincuenta soldados a

caballo, con mosquetones, y no hay gran posibilidad.

—Hola, buen mozo—saludó alegremente Lezama, al ver acercarse a su hijo—. Te gusta el lecho, a lo que parece.

Besó Cheij la diestra del Pirata Negro, que sonriendo comentó:

—Muchacho... Este besamanos tuyo, me pone tierno. Eres un tipo listo. Sabes que me gusta que tú, la fiera luchadora, seas para mí un dócil mozo.

—Me gustará, padre, atravesar a tu lado, la línea de soldados que mañana, al amanecer, pretenda cerrarnos el paso. Y si hemos de morir, codo a codo, será muerte dichosa...

—¿Y tu amada de lindos ojos azules?

—Me llorará... ¡pero estoy contigo, padre!

—Enternecedor, enternecedor—masculló Lucientes—. Pero lo que interesa es ver la forma de salvar la piel.

—¿No dices que vivir tiene pocos alicientes—ironizó el Pirata Negro.

—Es que cuando me ronda la fea carátula de "la canina", entonces cobro repentino afecto a la existencia. Además... ¡quiero tener un nieto!

—Enternecedor, enternecedor — dijo ahora Lezama—. Coincidimos en muchas cosas, don Diego. Yo también quiero tener un nieto. Será varón y yo le enseñaré a...

—Oye, no sería mejor que en vez de pensar en nuestro lejano nieto, pensáramos en los abuelos, que son de carne y hueso?—Y golpeóse Lucientes el pecho.

—Hasta la noche queda tiempo. Pero ahora, vamos a echar suertes.

Silbó estentóreamente el Pirata Negro.

No tardaron en presentarse "Cien Chirlos" y Bustamante.

—Sin novedad en el registro, señor—dijeron a la par, envainando sus espadas y enfundando sus pistolas

—Bien. Aquí estamos cinco hombres. Pero uno, cuando menos, ha de llegar al "Aquilón". Tenemos de plazo de paz, hasta mañana a las siete. No habrán podido llegar aún mis valientes. Por lo tanto, hay que acudir a remedio recio. A bordo del "Aquilón" están mi esposa y la que ha de ser esposa de este mozo guapo... que lo es, porque para eso es mi hijo ¿Qué te ocurre, navarro? ¿Ves fantasmas?

—¡Tu hijo, señor! ¡Tu hijo! ¡Y ese reservón de aragonés no me lo dijo! ¡Tu hijo!

—Bueno, ya lo sabemos todos—sonrió Lezama—. Quiero que él perpetúe mi raza. Por lo tanto, él llegará al “Aquilón”...

—Permítame protestar, padre—dijo, firmemente, Cheij—. Yo creo adivinar que pretendes que yo...

—¡Tú a callar!—gruñó Lucientes—Tiene razón nuestro capitán. Y donde manda capitán, calla marinero. Yo no quiero que mi hija se muera de pena, llorando a su amor. A mí, hidalgo, no me incluyas en la suerte. A mí nadie me llorará. Por tanto, yo...

—Tú a callar—atajó, sonriente Lezama—. Escuchadme bien. Los cinco juntos no saldremos. Pero... tres de nosotros pueden armar a la medianoche, una diversión. Disparando, y armando ruido desde dos puntos, con complementos que os detallaré, atraerán el núcleo principal de las fuerzas. Los otros dos, podrán fácilmente escapar. ¿Qué sucede, “Pencas”!

—Yo, señor, opino que salvo tu mejor opinión, no hay necesidad de sorteo. Yo a nadie tengo, y “Cien Chirlos" tampoco.

—¡Muy bien, “Pencas”!—aprobó, entusiasmado el aragonés.

—Por lo tanto, el señor Lucientes, “Cien Chirlos” y yo, armaremos el ruido con gran algazara. Y tú, señor, que eres padre, y tu hijo...

—...del cual soy el padre, nos largaremos, ¿no? Os agradezco el sacrificio, amigos míos. De veras, muy de veras, os aprecio, porque os sé dispuestos a morir... Pero no lo acepto. Me daría siempre vergüenza, en el futuro, pensar que edifiqué mi futuro hogar sobre tres cadáveres de amigos fieles.

—¿Y yo, cómo podré vivir feliz, si eres tú quien se sacrifica para que yo pueda continuar viviendo?—exclamó impetuoso Cheij—. Sin ti, volveré a ser la fiera desprovista de consejo...

—Están mi esposa, que te hará de madre, y Gabriela, que será tu motivo de vida. Y no perdamos más tiempo.

—¡Eso digo yo!—exclamó Lucientes—. Ya que eres tan terco, maldito seas, echemos a suertes. Yo cortaré cuatro astillas de esta mesa. La más larga se va con Cheij.

—Corta... pero a mí me las das.

—¿Desconfianza?—inquirió Luciente mientras con su daga cortaba la superficie de la mesa, astillándola.

Afinó las astillas, conservándolas en su mano diestra.

—Fiar... No fío de ninguno—sonrió Lezama—. Me encasquetaríais la astilla larga, por el aquello de que soy papá. ¡Y aquí no hay papaítos que valgan! La suerte hablará. Trae acá las astillas.

Cogió Lezama las cuatro tiras de madera, las cubrió con su pañuelo, y las depositó sobre la mesa.

—Ahora están barajadas—manifestó agitando bajo el pañuelo las dos manos—. La primera que al levantar el pañuelo se vea a la izquierda de nosotros, será la que llamo Oeste. La siguiente, la Sudoeste, la otra la Sudeste, y la cuarta la Este. Canta un punto cardinal, don Diego.

—¡Este!

—Tú guapetón!

—¡Sudeste!

—Elige, navarro.

—¡Sudoeste!

—Bien, pues la astilla del Oeste es la mía. Antes de levantar el pañuelo, queda claro que el punto cardinal más largo, designa al que acompañará a mi hijo.

Ávidamente, los rostros, inclináronse sobre la mesa al levantar Lezama el pañuelo.

—¡Oeste!—gritaron, jubilosamente, los tres.

Y Cheij repitió con alegría:

—¡Oeste!

—Decidió dama Fortuna, muy acertadamente—comentó, gozoso Lucientes—. Lo humano, lo natural, lo único posible. El león y el chacal juntos partirán... y de nosotros tres, alguno también escapará. Bueno, y ahora, vayamos a registrar para ver si mi sueño y los fantasmas de “Pencas” nos hacen quedar bien.

Quedáronse solos padre e hijo.

—Supiste hacer hombres fieles, león. Todos ellos gozan con la idea de morir por ti.

—No gozo yo, chacal, Pero acepto el mandato de la suerte. También la suerte ha querido que dispuesto a formar una pacífica familia, tenga que enarbolar de nuevo pabellón de rebeldía.

Capítulo VII

La Dama del Mesón

Diego Lucientes salió de una habitación, para entrar en otra. Registraba minuciosamente...

Iba de nuevo a salir, cuando de pronto, espada en mano, se dirigió al lecho, y con la punta del acero desembozó las sábanas.

Había percibido un cierto oscilar...

—¡Salga quien se oculte entre esos colchones! Contaré hasta cinco, y al número seis atravieso el plumón y lo que contenga. ¡Uno, dos, tres...

Los colchones se alzaron... y apareció un enteco individuo, con la peluca ladeada, respirando fatigosamente.

Era viejo, de piernas flacas... Vestía de negro, y su endeblez, al igual que su rostro, no anunciaban propósitos bélicos.

—Repámpanos... Vos, ¿quién sois?

El que ahora manteníase en pie, mirando temeroso al pelirrojo, recompuso su peluca, que tapaba un cráneo calvo.

Trataba de respirar normalmente.

—Me defraudáis, anciano fantasma de huesos flacos y carne amarillenta. Esperaba verme ante la mujer del sueño. ¿Quién sois?

—López Gimeno, cirujano—dijo, tembloroso, el viejo.

Le causó gracia a Lucientes la situación. Rió burlón.

—¿Cirujano? Pues a la medianoche tendréis trabajo. Habrá muchos huesos para componer. ¿Y qué mil cuernos hacéis oculto entre colchones y en esta posada? El mesonero afirmó que no había más huéspedes que nosotros.

—Yo os lo explicaré, Diego Lucientes.

La inesperada voz femenina que parecía brotar del suelo, sobresaltó al madrileño.

Habíase levantado la alfombra a su espalda, y en el hueco que se formó en el suelo al alzarse una trampa oculta, apareció la mujer morena, que Lucientes creyó haber visto y oído en sueños.

—Repámpanos...—y envainó Lucientes—. Esto me agrada. Tú eres el nenúfar de esta noche pasada. Me agrada, porque así verá el incrédulo hidalgo que yo sé beber, y distinguía entre esperpentos de pesadilla vinosa, y realidades de dulce embriaguez.

El cirujano, como si le faltaran las fuerzas, dejóse caer sentado en la cama. La mujer sentóse cerca de él, en amplio sillón.

—Permitid—dijo Lucientes.

Silbó repetidamente, empleando la modulación que a bordo, significaba "nao a la vista".

Poco después aparecía Lezama. Tras él, "Cien Chirlos" y Bustamante, contemplaron asombrados a la pareja formada por el pretendido cirujano y la misteriosa morena.

—He aquí mi sueño, y he aquí tu fantasma, navarro. Te presento, hidalgo Lezama, al llamado López Gimeno, cirujano. En cuanto a la dama creo recordar que anoche dijo llamarse Dolores González, si es que las brumas de la lectura no enturbiaron mi mente. ¡Por Atahualpa y su calavera! Esto resulta gracioso.

Apareció Cheij, y el Pirata Negro avanzó, saludando con breve inclinación de busto:

—Señora, os suplico tengáis a bien explicarme por qué os ocultáis en mesón cercado. Y por qué Julio Antón el mesonero, me juró que no había nadie en todo el edificio, ni aceptaría huéspedes.

La misteriosa mujer, habló con aparente serenidad, aunque por su parpadeo denotaba cierto nerviosismo:

—Es muy confidencial el motivo que así nos obliga a escondernos, caballero.

—Hablad sin recelos. Cuantos os oyen, son mis amigos, y además serias circunstancias, aseguran su discreción.

—Hace ya varios días, me alojé con mi acompañante, en este mesón. Exigí de Julio Antón, la promesa de que nadie conocería mi presencia. Le pagué con largueza, y entré de noche, sólo vista por él.

—¿Motivos para la discreción llevada tan extremadamente por el mesonero?

—La... la venganza de mi esposo— dijo ella, bajando la cabeza.

El Pirata Negro volvióse.

—Salid. Id todos a ver si estoy en la cocina. Y aguardad a que allá me encontréis.

Tras una pausa, y mientras el último en salir, Lucientes, cerraba tras é1 la puerta, Lezama dijo:

—No interpretéis como impertinente curiosidad mi petición de mayor información. Ved que no percibo claramente por qué, al ver que los soldados rodeaban el mesón, no salisteis.

—No podía... Vine con el cirujano López Gimeno, mi ayo... Acudía a una cita... El caballero que conmigo debía entrevistarse, tenía que venir, pero ya los soldados rodeaban el mesón. No podía decir que estaba yo aquí. Revelar mi personalidad, era exponerme al ludibrio público y a la feroz venganza de mi marido, que es extremadamente celoso. Es personaje de alta categoría en Latacunga, en la corte del Virrey. Me cree en viaje hacia Riobamba... ¿Comprendéis por qué tenía que ocultarme?

—Comprendo.

—Me juzgaréis quizá coqueta que...

—Perdonad, señora. Yo no juzgo nunca los ajenos asuntos, que no me incumban de cerca. Lo único que preciso, es indicaros que a la medianoche, puede este mesón convertirse en escenario de violenta escaramuza. Mi intención era incendiarlo, como medida primera, destinada a crear desconcierto entre los soldados. Ahora vuestra presencia me obliga a modificar mis planes. Con sinceridad, tendré que meditar, porque si no hallo mejor camino para asegurar nuestro escape, no me detendré en pensar en vos. Salid antes de la medianoche, rostro cubierto, y explicad el caso al capitán.

—Es... Teodoro Azpilueta.

—Bien, ¿y qué?

—Es íntimo amigo de mi esposo.

—Señora, lo siento. Yo os advierto que más vale huir de marido al cual ni queréis ni respetáis, que asaros en mesón. Pondré guardia en vuestra puerta. A la medianoche en punto saldréis..., a menos que prefiráis quedaros bajo vuestra responsabilidad. A vuestros pies, señora.

Devolvió ella el saludo. Abandonó Lezama la estancia. Fuera, señaló la puerta a “Cien Chirlos".

—Guardia. Nadie sale; Deja abierta la puerta, para vigilar la

ventana. Podría el cirujano ir a advertir al capitán de mis propósitos.

Apartóse Lucientes, cogiendo por el brazo al Pirata Negro.

—¿Qué cuenta la dama del mesón?

—Si te interesa, pueden preguntárselo a ella.

—Ya mismito, hidalgo. Comprende que si a la medianoche he de atraer soldados, justo es que trate ahora de despedirme de este mesón de la mejor manera posible.

—Allá tú.

Entró Lucientes en la habitación, y a “Cien Chirlos” le dijo:

—Puerta cerrada, que dentro estoy.

El cirujano asomó el busto.

—Con permiso, caballero. No he bebido agua desde hace dos días, con sus noches. El vino mal me sienta. ¿Puedo ir a la bodega?

—Raudo y veloz—rió Lucientes—. Allá también hay agua.

Cerró la puerta al salir el cirujano. Y acercóse donde, sentada, Dolores González afectó cierta actitud pudorosa, encubriendo el rostro tras un abanico.

—Me prometiste un beso esta noche, Lola—dijo Lucientes, sentándose ante ella—. Quiero ganármelo.

—Ved que tratais de abusar de una dama desamparada.

—Cuéntame uno de miedo ahora... Tus ojos tienen falsa mirada, Dolores de mis angustias presentes. Hablaste de un marido vengativo, y como supongo que el cirujano no tiene esposa celosa, deduzco que aquí tenías cita con galán afortunado.

—Así era. Pero nadie puede echarme la piedra. Mi marido es torpe, malhumorado, tacaño y siempre fué celoso.

—Sin razones. ¡Hay que ver esos maridos desconfiados!

—Bien se ve que sois grosero pirata.

—¿Dónde se me ve?

—Vuestras frases, vuestra actitud, son molestas.

—Anoche me prometiste un beso.

—Estabais bebido.

—Estoy ahora embriagado por tu cercanía.

—No es ésta situación para que yo atienda a galanterías. Respetad mi desasosiego y mi apurado trance. Respetad mi pudor.

—Lo que yo me digo, es que no os veo clara, doña Lola. Parecéis a instantes respirar mucha decencia, y, a otros, respiráis una

coquetería incitante. ¿A qué naipe me quedo? Escuchadme, hermosa. En otras circunstancias, sería galante, hipócrita y sociable. Pero ahora no puedo serlo. Posiblemente, a la medianoche haré eso que los poetas llaman exhalar el último suspiro. ¿Por qué no me permitís exhalar otros postreros suspiros tratando de acompasarlos a los vuestros?

—¡Sois un insolente bribón, granuja atrevido!

—Vaya... Veo que ya nos vamos conociendo. Oíd, dama del mesón: tanto se me da que me abofeteéis como que os dignéis escucharme inteligentemente. ¿Sabéis que, por lo que sea, a la medianoche procuraré evitar el morir, pero no lo lograré? Comprended, pues, que si siempre fui imbécil que pecó de grosera sinceridad, ahora más que nunca.

Descubrió ella el rostro, apartando el abanico. Sonreía forzadamente.

—Tengo miedo.

—¿De mí?

—No.

—Me consuela. ¿De quién, entonces?

—Del Pirata Negro.

—¿Cómo sabéis...?

—Anoche vos mismo dijisteis quiénes eran los que os acompañan, y por qué sitian los soldados.

—¿Por qué teméis al Pirata Negro?

—Dice López Gimeno que puede dar orden de muerte contra él y contra mí...

—No juzguéis a los que me acompañan por el concepto que yo os merezca.

—Está en rebeldía.

—Pero siempre será un hidalgo, cosa que nunca puedo yo ser. Abandonad vuestros temores. ¡Repámpanos! ¿A que acierto?

—¿El qué?

—Vos dijisteis al cirujano que saliera de aquí. Os olisteis que yo iba a venir. Halagos, y me estáis sacando las verdades.

—Más haría... si vos me defendéis.

—¿Contra quién?

—Evitando que mal me venga de vuestro capitán.

—Ningún mal te vendrá. Y ahora, escúchame, Lola de mis

entretelan. Estoy loco de amor por ti. ¿Por qué no te apiadas de un condenado a muerte?..

Y con arrolladora vehemencia siguió expresando el madrileño, su volcánica pasión,

* * *

—¡Hola! —dijo secamente Lezama, contestando al saludo de Lucientes, que dos horas después entraba en la sala comedor.

—¡Hola, don diego! —sonrió Cheij.

—Mira, chacal... Sé buen chico y déjanos solos a tu padre y a mí. Dónde hablan los mayores, se ausentan los menores.

—No seas ahora tan discreto. Mi hijo es crecidito, y, desgraciadamente, te conoce demasiado. Puedes decir cuántas estupideces se te antojen. Hoy todo te está permitido.

—Pues bien — dijo, sentándose, el madrileño—, desearía conocer tu particular opinión acerca de doña Dolores González.

—Creo que es de las que, con la.seguridad de que nadie puede enterarse, carece de... contención.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—No me parece muy sincera.

—Diste en la diana. Y me disgusta, porque...

—Al grano, estudiante.

—Bueno, ¡ahí va! Me he enamorado...

Rió a su pesar Lezama y también Cheij le acompañó en sus risas.

—Podéis rebuznar cuanto queráis. Estoy enamorado como nunca.

—¿En dos horas?

—En menos muere un hombre, y es una cosa muy seria el morir. ¿Es, pues, tan increíble que en este tiempo me haya enamorado yo?

—La llamabas nenúfar, falsa, embustera...

—Sigo igual, pero no obsta para que me haya enamorado. Eso es lo grave. Me atrae... Sus abrazos son...

—Vira el timón, estudiante. No quiero detalles. Es curioso, chacal. Pero ¿ves a este grandullón pelirrojo?.. Siempre ha sido un niño. Sabe que el vino en grandes cantidades es veneno, lo cual no le impide beberlo por hectolitros. Sabe que debe apartarse de la mujer perversa, y se enamora de ella. Es decir, no hay peor idiota que el que, como él, se da cuenta que lo es.

—Así nací, así moriré.

—Por suerte, a la medianoche todo acabará. No es mujer para ti, estudiante.

—Yo soy un hombre que no haría feliz a una mujer bondadosa. En cambio, me gusta sufrir con el amor que me inspira una mujer que a instantes puedo creer buena, y a otros falsa.

—Eres complicado, don Diego. Pero eres tú, y como a tal, todo te está permitido. Bueno, ¿y a que viene el habernos confesado tu repentino enamoramiento?

—Quiero hacerte una súplica, hidalgo. Me va en ello mucho.

—Veamos,

—Dame de tiempo hasta las tres de la madrugada, para iniciar la salida.

Miró Lezama un instante a Cheij. Éste guiñó, sonriente.

—Bueno, hasta las tres dedícate a este idilio.

—Gracias. Y ahora…, me vuelvo arriba. Hasta las tres.

Al marcharse el aventurero, comentó Lezama:

—No creas que está loco de atar. Es un valiente, que reconoce sus defectos.

—Pero ¿es posible que esté enamorado de la mujer que hace apenas dos horas conoció?

—Lo creo muy posible. Fui testigo de muchos de sus amoríos, y ahora más que nunca tiene excusa. Es un hombre que puede morir esta noche. Me duele pensarlo.

—A mí, también.

—Es fuerte y sabe pelear. Quizá acuciado por su último amor, luche con energías centuplicadas, y consiga escapar. Se lo deseo, al igual que a mis dos bravos.

* * *

"Cien Chirlos" apartóse al aparecer Lucientes».

—No es preciso que vigiles, don Marcelo. Yo estaré dentro todo el día hasta la noche.

—Orden tengo de nuestro capitán.

—Pero la ha revocado. Pregúntaselo. Mejor es que vayas a hacer compañía al cirujano. Se aprende mucho en compañía de esos matasanos.

Entró Lucientes en la alcoba.

"Cien Chirlos", al confirmar Lezama lo dicho por Lucientes, dirigióse a la bodega. Entre dos toneles, vió la menuda silueta de

López Gimeno, y la corpulenta del navarro, que estaba diciendo:

—Yo opino que vos, señor médico, tenéis muchas cosas que aprender de mí. Arrímate, compadre—invitó el navarro, mirando regocijado a “Cien Chirlos”—. Y atisba a este carcamal. Sabe componer huesos, y, en cambio, ¿a que no sabes lo que no sabe? No tiene ni la menor idea del golpe mejor para quebrar un cuello... ¡Será ignorante!...

Capítulo VII

Dolores González, la enigmática

—Ha aceptado. Transige, gracias a mi petición, a no empezar la gresca hasta las tres de la madrugada, en vez de a la medianoche. No me ha preguntado la razón. Seguramente lo atribuye a mi deseo de estar cuanto más tiempo mejor en tu compañía.

Dolores González enlazó sus redondos brazos alrededor del cuello de Diego Lucientes. Sus besos eran embriagadores y sabios...

Tardó el aventurero en recobrar el completo dominio de sus pensamientos conscientes.

—Te quiero, y... te quiero como a ninguna quise, Dolores. Tu nombre es peligroso. Parece anunciarme un futuro atormentado.

—Yo también te quiero. No locamente, pero veo en ti a un hombre decidido, que puede protegerme.

—Mal lo puedo por ahora. Si mañana luce el sol para mí, entonces mía serás para siempre. Y lo siento, pero al hablarte así, por dentro me río.

—¿Por qué?

—No me creí capaz de enamorarme así, tan ciegamente. Es extraño, Lola, pero te supongo malvada, con mal fondo, engañosa, turbia... Y, sin embargo, contigo... ¡al infierno!

—Yo soy muy torpe, y no encuentro réplicas adecuadas hasta que no he reflexionado bien las cosas, Diego..

—Tu torpeza puede ser voluntaria estratagema. Eso es lo bonito en ti. Me sumes en perplejidades. Eres perversa, o mi natural escepticismo así me hace verte?

—Tienes demasiada imaginación.

—¿Por qué quisiste a todo trance que el Pirata Negro prolongara nuestra salida hasta las tres?

—¿Me quieres?

—Hasta el paroxismo. Quizá porque seas la última mujer que acariciaré. Quizá porque emane de ti este fondo pantanoso de los nenúfares. Me atraes como estos abismos insondables, que no sabemos si contienen muerte o vida, Tus ojos tienen a instantes tristeza nostálgica.

—Amor tuve en el pasado.

—Mi código particular no penetra en tu pasado. Sólo quiero lealtad en ti, desde hoy. Corta puede ser tu lealtad, si esta noche no logro vivir para embriagarme en la extraña mezcla de tu persona.

—¿Tú tienes influencia, en el Pirata Negro?

—Peleamos mucho, pero me atiende. Ya lo has visto.

—Por mí, ¿guardarías un secreto?

—Ponme a prueba.

—Jura por algo que te sea sagrado.

—Por la vida de mi hija,

—Entonces... tu mañana vivirás, Diego Lucientes. Y conmigo...

—Es piadoso tu embuste. ¡Quiero vivir a tu lado! Pero si he de lograrlo, ha de ser con mi espada, y por influjo de tus brujos ojos chispos, candorosos a ratos, traidores a otros.

—Has jurado no revelar mi secreto.

—Lo he jurado.

—Yo no estoy casada.

—¡Repámpanos! Entonces, ¿qué haces aquí?

—Soy Lola González.

—¿Y qué?..

—Soy novia de Bartek, el húngaro.

—¡Repámpanos!... Eso es un lío.

—¿No oíste hablar, de Bartek el húngaro?

—No.

—Es capitán de nave. Por la fuerza me obliga a ser su amante sumisa. Todos le temen. Mátalo en duelo, y conmigo tendrás amor y nave.

—No matemos al húngaro antes de hora. Por ti mato yo a cien húngaros, pero por ahora aquí estoy.

—Bartek el húngaro me envió a mí y a López Gimeno, su cirujano, para que averiguásemos algo que le interesaba. Quería saber si sería provechoso un golpe de mano en Quito. Las fuerzas de

guarnición, la riqueza...,todos esos detalles...Yo paso desapercibida.

—No.

—Bien, quiero decir que nadie se figura quién puedo ser. Los hombres me galantean. Por ellos obtengo informes. Ladislao Bartek es un pirata.

—¡Córcholis!... Eres desconcertante, Dolores. ¿Qué más sorpresas, me reservas?

—Manolo Fuentes...

—¡Agua! ¿Quién es ése ahora?

—Un guitarrista, al parecer. Toca muy bien. Yo canto, si es preciso, en mis andanzas. Manolo Fuentes nos acompañó como enlace. Salió momentos antes que los soldados cercaran el mesón. Y ha empleado bien el tiempo. Es un buen tirador de ballesta. Desde lejos no falla su blanco. Lee.

De su escarcela extrajo Dolores González un papel doblado.

—Iba atravesado en la flecha que con su ballesta disparó a la azotea, clavándola en el poste central.

Leyó Lucientes la tosca letra plagada de faltas:

> “Lola guapa:
>
> ”No te “azuste”. Bartek y los suyos estarán antes de las tres, y no más tarde, de mañana noche, a tu lado. No “azome” más la linda carita.
>
> *Manolo Fuentes”*

—¡Ya comprendo ahora! Para eso quieres que hasta las tres... Tengo que ir a decírselo a...

—¡Juraste, Diego!...—protestó ella vehemente.

—Cierto. Jurado está... ¡Me alegro! Que Bartek y los suyos escabechen a los soldados. Al fin y al cabo, es destino de la gente de armas tomar. Y... ya nada me sorprende, Lola. Ahora, dime: ¿por qué quieres que mate a Bartek el húngaro?

—Me humilla, porque dice que yo soy muy orgullosa. No le quiero. Le odio. Rétale a duelo, cuando yo te indique. Demuéstrame tu amor, así.

—Y así.

Lo dijo Lucientes con fervor, abrazando a la enigmática mujer.

Presentía que, de ser cierto cuanto decía ella, le esperaban días agitados...

* * *

—...tú lo que eres es un borrico, López Gimeno—dijo sentenciosamente, Ambrosio Bustamante—. Un matasanos de poca letra. ¿Conque no sabes distinguir entre el canto de un búho y el de una lechuza? Pero si esto es la primera letra del que anda por los bosques, de noche. Yo opino que tú eres un pájaro bobo que...

—Deja en paz al viejo—masculló “Cien Chirlos”—. Lo estás mareando con tus necedades.

—De algo hay que hablar para hacer tiempo.

—Duerme y será mejor. Y tú, matasano, vete a donde está tu señora.

—No puedo. Ella me ordenó que no fuera.

—Entonces, duerme tú también. Que así a nadie se daña. Yo, mientras afilaré nuestras armas, “Pencas”. Te las dejaré que cortarán un pelo en el aire.

Capítulo IX

Terrenos conocidos

—Medianoche, padre.

—Larga es la vela, hijo. Como a mí te atosiga el tener que abandonar a nuestros tres valientes.

—También a ti, pero ellos son felices, porque nosotros iremos a reunirnos con ellas.

—Hablemos de otra cosa. Tarda don Diego. No ha asomado la picara faz desde que nos pidió esperar hasta las tres.

—Quiere despedirse como vivió...

Pusiéronse de pronto en pie los dos, como si un resorte repentino les hubiera lanzado al aire.

Acababan de estallar, claros y perceptibles, varios disparos. Y a continuación, una serie de ruidos, característicos, indicaron al Pirata Negro, que al exterior estaba trabándose un repentino encarnizado combate.

Corrió hacia la puerta, pero se detuvo, porque a sus espaldas, además de aparecer 'Cien Chirlos", puñal entre dientes, espada en diestra y pistola en zurda, al igual que Ambrosio Bustamante, resonaba el silbido de "reunión" lanzado por Diego Lucientes, que corriendo descendía la escalera seguido de lejos por la malagueña.

—¡No abras, hidalgo!

—¡Son mis valientes!... ¡No comprendo cómo han podido llegar tan oportunamente!

—No... No son ellos. Explica, Lola.

Alborotado el seno, explicó ella brevemente su verdadera personalidad y lo que fuera estaba sucediendo.



—...¡Bartek y los suyos atacan!...

—...¡Bartek y los suyos atacan!... Vienen a liberarme.

La carcajada del Pirata Negro resonó, amargamente burlona.

—Terrenos conocidos... Esperemos, pues, la llegada de Bartek el húngaro. Abre la puerta, guapetón, cuando ella reconozca la señal que a no dudar los piratas harán en la puerta. Vencerán, porque han atacado, como suelen, a traición. Y son..., ¿cuántos... dama del mesón?

—Ochenta y cinco.

—Menos quedarán al terminar.

Acercóse Lucientes.

—No eres el Pirata Negro, hidalgo. Así lo he convenido con ella. Eres pirata, pero llámate como quieras... ¿Comprendes?

—Gracias por tu generosidad, Lola González. ¿Cómo, pues, quieres que me apode para Bartek y los suyos?

—Por amor a Diego Lucientes no revelaré que, si bien ahora, en rebeldía, fuiste el conde Ferblanc. Elige tú mismo nombre y apodo.

Extinguíanse ya los rumores de la pelea. Sonaron en la puerta varios golpes espaciados, mientras una voz bien timbrada gritaba, en son de copla:

—¡Abra la guapa a Manolo Fuentes, embajador de Bartek!

Descorrió “Cien Chirlos” los cerrojos. Abrióse la puerta.

Irrumpieron en oleada varios hombres, tintas las ropas y los aceros en sangre.

Al frente de ellos iba un sujeto de mediana estatura, larga nariz, estrechos ojos y negrísimo cabello mal sujeto en pañuelo rojo.

Vestía camisola de seda roja, pantalones blancos ceñidos y altas botas de gran vuelo, y lucía profusión de piedras brillantes. Ceñía su cintura un ancho fajín formado por calaveras de plata.

Alzó el pirata los dos brazos armados, imponiendo silencio. Tras él, iban apiñándose muchos sujetos, mal encarados...

—¿Quiénes son éstos, Lola?..—preguntó el que ocupaba posición destacada.

—¡Son de los nuestros!...—exclamó ella — Estaban sitiados por los soldados... Son capitanes célebres.

—¡Tú!—Y el húngaro, en su perfecto español, señaló con su puñal, que goteaba sangre, a Lezama—. Tú, ¿quién eres?

—Lucas Retama, panameño, apodado "León".

—No oí de ti. ¡Tú!

—Diego Lucientes, madrileño, apodado "Medio Brazo".

—Carteles hay pidiendo tu cabeza. ¡Tú!

—Cheij Khan, apodado "El Chacal".

—Conozco. ¡Tú!

—"Cien Chirlos", segundo del capitán Retama.

—¡Tú!

—Ambrosio Bustamante "Pencas" segundo del capitán Lucientes.

—Rematados todos, Bartek—anunció uno, abriéndose paso entre los otros—. Los caballos, recogidos y esperando. Llega de la ciudad el rumor de un fuerte galopar..

—¡Encuadrad a esos nuevos amigos! ¡Pactaremos a bordo! Si quieren escapar, disparad. ¡Pronto! ¡A los caballos!

Fué una galopada que duró hasta el amanecer, en que muchos caballos, al tirarles de las riendas, cayeron reventados sobre la arena de la playa.

Una nave al pairo mecíase no lejos. Varias lanchas aguardaban en aquel paraje desierto.

Durante todo el camino, el Pirata Negro, Lucientes, Cheij y los otros dos piratas habían estado permanentemente vigilados por un nutrido grupo de secuaces de Bartek.

El húngaro desmontó, tendiendo las bridas a Dolores González.

—Aquélla es mi nave. A bordo pactaremos. Tenemos que alejarnos de tierra. Podría rondar algún buque del traidor conde Ferblanc. ¡A bordo!

Calculó el Pirata Negro las posibilidades de huida. Encogiéndose de hombros entró en la lancha, seguido por los otros, y rodeado por vigilantes piratas.

El bergantín del húngaro era veloz y bien artillado. Ya a bordo, formada la tripulación que no maniobraba, ordenó:

—Nuestra ley exige entregar vuestras armas, mientras a mi bordo estéis. ¡Cumplid!

Desciñóse Lezama el cinto, imitado por los otros cuatro.

El húngaro enlazó por el talle a Dolores González, y echó a andar. Por encima del hombro, dijo:

—Seguidnos. En mi sala hablaremos.

La sala capitana del bergantín era lujosa de chillón colorido.

Ladislao Bartek sentóse en el banco, junto a la malagueña, y ordenó:

—Siéntate tú primero, capitán Retama. Tu rostro me es familiar, pero no acierto a recordar dónde te he visto. .

—Hombres de mar somos.!

—¿Estuviste en Jamaica por el 18?

—No.

—¿En Costa Rica el 19?

—No.

—¿Cuál es tu barco?

—Era el velero “Sin Tregua".

—No conozco. ¿Por qué dices que era?

—Me lo hundió con toda la tripulación el conde Ferblanc—dijo Lezama, adoptando un torvo semblante rencoroso.

—Eres, pues, capitán sin barco. Al igual que tu segundo. Si tienes informaciones de un buen golpe, servirás. Levántate. ¡Tú, capitán Lucientes, siéntate!

Mientras los dos aventureros obedecían, Ladislao Bartek besó a Dolores González.

Palideció Lucientes, pero en su hombro la diestra de Lezama ejerció una presión significativa.

—¿Cuál es tu barco, capitán Lucientes?

—Quedó preso en Aguas Revueltas, donde nos capturaron los

soldados españoles, por sorpresa.

—¡Imbéciles! ¡Tú, capitán árabe! ¿También perdiste tu barco?

—También.

—Por ir a salvar a esta hembra os salvé a vosotros. Debéis pagarlo. ¿Tenéis oro?

—No—...replicó Lezama—. Pero sé dónele hallarlo en gran abundancia.

—¿Sí? Has contestado a tiempo. Sobran capitanes sin barcos. Iréis a la cala, hasta que lleguemos a destino. Allá os interrogaré. Si vuestros informes no me sirven, la ley de los otros capitanes se impondrá... ¡Tú, Manolo! ¡Con ellos a la cala! Y con oidores. Que no hablen entre sí hasta, que desembarquemos.

Y, desentendiéndose de los que salían, Ladislao Bartek se volvió hacia la malagueña.

Por el camino hacia la cala, Manolo Fuentes, menudo de largo cabello ensortijado y rostro de delicadas facciones, pero de esbelto cuerpo atlético, habló, torciendo la bocal

—Allá en Los Galápagos, mejores conoceréis que Bartek. Basta que Lola haya dicho quo sois amigos de ella, para que lo seáis mío. Ahora no rechistéis, porque aquí manda Bartek. Pero en los Galápagos manda la ley de los fuertes y de los más.

Y, bajando la cala, añadió el andaluz:

—Os pondré oidores, pero podéis hablar mal de Bartek. Nadie se lo repetirá.

En la cala, sentáronse Lezama, Lucientes y Cheij. Tras ellos, en pie, quedaron “Cien Chirlos" y Bustamante.

En las proximidades, varios piratas, manos al cinto, fingían indiferencia. En realidad, sus patibularios rostros tenían la estolidez de bestias.

El Pirata Negro adoptó el fiero continente de un hombre resentido.

—¡Maldición y escarnio pura Bartek! ¿Qué se ha creído? Y ¿Qué puede tratar como perros a hombres de nuestra talla? Ansias tengo ya de estar en las islas. Allá me oirán.

Y por espacio de varios minutos, secundado por Lucientes, supo demostrar que era un capitán pirata, poco habituado a soportar injustas órdenes.

Consiguió al poco tiempo que varios de los “oidores”,

inconscientemente, aprobaran con la cabeza a cada denuesto que lanzaba contra el húngaro.

Y anochecido, cuando se tumbó junto a Cheij, murmuró a su oído:

—Terrenos conocidos, hijo. En Los Galápagos, ya sabremos imponernos.

Capítulo X

La indignación del Virrey

Renato Pereña, marqués de Alvear, hizo continuas muecas doloridas. Su pierna aquejada de gota le dolía agudamente, pero lo que más le obligaba a contorsionar el rostro era lo que representaba para él la presencia del sudoroso oficial, de polvorientas botas, que ante su mesa manteníase erguido.

—Reposad, teniente. Sentaos, mientras llegan el señor almirante y mis otros dos invitados.

Poco tardaron en llegar el almirante Diéguez, Ramiro Luances y Alfredo Huarte.

—Bien, señores—dijo el Virrey, a modo de saludo—. Veréis ahora lo que vale la palabra de un pirata indultado. Sentaos. Vos, teniente, relatad.

—En la posada "La Vicuña", el escuadrón del capitán Azpilueta ha sido aniquilado y rematados todos los heridos. Un testigo presencial que escondido advirtió las primeras señales de batalla, vió como los piratas atacaban a traición, en número superior, a nuestros soldados. Entraron en el mesón, y poco después salieron, abandonando el lugar a todo galope, camino de la costa.. Dedujo que eran piratas, porque tanto sus rojos pañuelos, como sus sables, y las calaveras que muchos de ellos, en plata llevaban a modo de cinto, lo demostraban. El mesón está vacío. Mataron también a los criados y al mesonero. Han desaparecido una criada y la cocinera, que vió el testigo como eran raptadas por los piratas..

—Podéis retiraros, teniente. Gracias por vuestra diligencia en venir a informarme.

Salió el oficial.

—Y ahora, señores, ¿qué ley del corazón es esa que ha costado

la villana muerte de cincuenta de mis bravos soldados y 1a de un capitán de mis mejores? Hablad, almirante.

—Soy el primero, en manifestaros mi profundo asombro, excelentísimo señor. No creí que el conde Ferblanc llevara las cosas a este extremo. ¿No puede tratarse de ataque de otros piratas?

—¡Por favor, Diéguez!—exclamó el Virrey, airado—. No seáis tan obcecado. ¿Qué piratas se dedicarían a asaltar un mesón? Ni el más acérrimo defensor de ese renegado podría hallar atenuantes. Salió de aquí prometiendo escuchar dictados de su corazón... Y falsamente halló medio de alertar a sus piratas.

—Rematar heridos nunca fué acción del Pirata Negro—dijo Diéguez, secamente.

—¡Su soberbia no le consintió acatar la ley sensata! No me digáis que, por defender a su hijo, ordenó rematar heridos. ¡Esta villanía echa para siempre ignominia y baldón sobre el nombre del que fue jefe de vuestra Legión!

—Perdonad, excelentísimo señor. Recordad que el conde Ferblanc al igual que yo, os habló de que todas las apariencias tienen su cara y su cruz, su anverso y su reverso.

—¿Tiene rara y cruz la muerte de nuestros soldados?

—No.

—¿Entonces?

—Es arduo el problema planteado, marqués de Alvear. Culpar como autor de lo sucedido en la posada al conde Ferblanc, no es atender a vuestra justa ley de sensatez.

—¡Aclarad!

—Yo conozco perfectamente al Pirata Negro. Puedo admitir que enloquecido, al ver cerrársele las puertas de la legal admisión de su familia, cometiera estos hechos, que, yo el primero, pido sean castigados con mano dura e inflexible. Pero tened en cuenta que el jefe de mi Legión y el pirata tenían en común algo que perecerá con él.

—¿Qué es?

—La jactancia arrogante.

—¿De qué nos sirve, sino como mayor escarnio?

—De prueba indudable. Si el Pirata Negro ordenó la matanza, nos lo hará saber, tarde o temprano. Por lo tanto, ruego e invoco nuestra amistad, Pereña para que quede esto secreto entre nosotros,

hasta que recibamos cartel aclaratorio del Pirata Negro o que mi flota le dé caza.

—Aceptado.

—Partiré al instante, si me lo permitís.

—Haced lo que mejor os parezca. Confió en vos. Como amigo, os pido solamente que me digáis lo que pensáis hacer.

—Zarparán todos mis buques al acecho de las velas del “Aquilón” que a no dudar, estará en algún punto al Sur, aguardando a su capitán. Tendrán orden de pedir parlamento en mi nombre al Pirata Negro. Si no la acatan, ordenaré que se abra fuego… y después que se pregunte a los que vivos queden, si alguno queda.

—De acuerdo. Buena suerte, almirante. Os prometo que, hasta no recibir noticias vuestras, nada se propalará de este desgraciado suceso.

Salió el almirante. Miró el Virrey a Alfredo Huarte.

—Tengo entendido que vos maese Huarte, sois agudísimo, para indagar y sonsacar en busca de informes. Id a Quito, y tratad de obtener las más veraces versiones, que permitan demostrar sin la menor duda la villana rebelión del conde Ferblanc. Partid.

Quedó solo con Ramiro Luances de la Gándara.

—Podemos vos y yo hablar desapasionadamente, gobernador. Antes de que os reincorporéis a vuestro cargo, decidme: ¿esperabais tal desmán de quien mereció indulto de Su Majestad?

—Francamente, no, excelentísimo señor Y quiero pediros una merced, muy importante.

—Decid.

—Que me relevéis de mi gobierno, nombrando a mi substituto accidental.

—No comprendo por qué.

—Deseo ir con el almirante, y ver el castigo del que así abusó de nuestra hidalguía. Me considero responsable en parte de lo sucedido, por no haber sabido evitar que huyeran los piratas de la mazmorra de mi palacio.

—Id. Comprendo vuestra actitud… Buena suerte.

* * *

El almirante Diéguez refrenó su caballo cuando vió quién era el jinete que a galope tendido parecía perseguirle.

—¡Voy con vos a vuestro bordo, si me lo permitís, almirante!—

exclamó Ramiro Luances.

Con su habitual serenidad, miró Diéguez al gobernador de Santa Fe de Bogotá.

—Os lo ha de permitir el Virrey.

—Me dió su venia.

—Entonces, nada objeto. Vuestra compañía me es agradable. Pero me extraña la fiebre de vuestros ademanes. Os he conocido imperturbable, flemático, casi frívolo...

—Sabed, almirante, que si el conde Ferblanc es culpable, como sin género de dudas parecen señalar las apariencias, quiero verle morir, al igual que su hijo y Lucientes. Y después..., ¡que el verdugo corte mi cabeza!

—Estáis excitado, caballero. Vuestra cabeza pertenece al servicio leal de España.

—¡Por eso mismo! ¡Yo fui quien personalmente proporcionó la fuga a Lucientes y al hijo del Pirata Negro!

Narró Luances la odisea de los presos y el Corsario Gris[3],

Cuando terminó, Juan Diéguez, impasible, pronunció su dictamen:

—Es confesión que privadamente me habéis hecho, caballero. No haré uso de ella. Espero y confío en que sean las apariencias tan sólo las que acusen al conde Ferblanc. Si no... acepto vuestra palabra de que os entregaréis al tribunal, para que juzgue al gobernador que atendió a ley de corazón... Y sería para mí un cruel desengaño, caballero, comprobar que tuvimos corazón para un hombre que hoy se puede haber portado como una hiena. También yo, como vos, sería responsable de la muerte de estos cincuenta soldados y su capitán, porque atendiendo mis palabras, el Virrey no ordenó, como deseaba, la inmediata detención del conde Ferblanc.

Aceleró Diéguez el paso de su caballo, y añadió:

—Pero... ¡todo tiene su cara y cruz! No sé cómo, pero sabrá el Pirata Negro explicar lo sucedido, en forma tal que me evite la amargura de haber perdido la confianza en los hombres.

* * *

Una madre atribulada consiguió, tras muchos esfuerzos, calmar el llanto de sus dos hijos.

Apaciguados él y ella, la esposa del Virrey dirigióse al despacho particular de la máxima autoridad de Nueva Granada.

Acercóse al sillón donde Renato Pereña, con rostro dolorido, contemplábase la vendada pierna.

—Has sido por vez primera injusto, Renato. Son ya mayores tus hijos para que los hayas abofeteado. ¿Y por qué? Por nada, por una nimiedad...

—¡Misericordia!—gimió el Virrey—. No me basta con la pierna que me rasga todas las fibras, sino que estoy oyendo tus reproches. Tus hijos vinieron a decirme que el conde Ferblanc era espejo de caballeros y que yo debía ser benévolo con él. No pude contenerme, y... ¡eso es todo!

—No es razón suficiente para...

—¡Misericordia!—imprecó el Virrey. —¡Dejadme todos en paz! ¡Todos sois defensores de quien no tiene defensa? Déjame a solas, querida mía... ya te contaré... ¡cuando bien claro quede que hay muchas cosas que no tienen cara y cruz!...

PROXIMO EPISODIO:

“Cara, y cruz”

* * *

¡No hay más que un PIRATA NEGRO!

Jamás ha habido un héroe más valeroso que él. Con la sonrisa en los labios y la espada en la mano,

EL PIRATA NEGRO

recorre todos los mares al frente de sus intrépidos seguidores para imponer la ley y la razón a los que olvidan los dictados de la justicia.

¡Emoción en todas las páginas! ¡Interés e intriga constantes!

TITULOS PUBLICADOS

1. La espada justiciera.
2. La bella corsaria.
3. Sucedió en Jamaica.
4. Brazo de hierro.
5. La carabela de la muerte.
6. El leopardo.
7. Cien vidas por una.
8. La bahía de los tiburones.
9. El corso maldito.
10. Rebelión en Martinica.
11. Los filibusteros.
12. La primera derrota.
13. La dama enmascarada.
14. Los tres espadachines.
15. Los mendigos del mar.
16. El rey de los zíngaros.
17. Noches fantasmales.
18. Montbar, el exterminador.
19. La tumba de los caballeros.
20. Frente a frente.
22. Deuda saldada.
21. Esclavitud y rescate.
23. El holandés fantasma.
24. "Mezzomorto".
25. Mares africanos.
26. Enemigos irreconciliables.
27. La ciudad invisible.
28. El capitán Lezama.
29. Contra viento y marea.
30. Manopla de terciopelo.
31. El caballero errante.
32. Sucedió en Sevilla.
33. La tizona toledana.
34. Máscara de flores.
35. Angus el tenebroso.
36. La furia española.
37. Dos españoles en París.
38. Intriga macabra.
39. La mujer del vampiro.
40. El castillo de Civry.
41. Los cuervos.
42. Odisea en Italia.
43. Los cuatro dogos.
44. La princesa azul.
45. Tres amores.
46. Escala en Tinerfe.
47. Los negreros.
48. Rumbo a Caribe.
49. Rebelión criolla.
50. El hijo del Pirata.
51. "El Chacal".
52. La legión del Mar.
53. La amazona.
54. Un violín en la tormenta.
55. Los tres trotamundos.
56. El Marquesito.
57. Reunión en palacio.
58. El león plateado.
59. El pirata novel.
60. El reto de "El Chacal".
61. La costa dorada.
62. En pos de "El Chacal".
63. El "León" y "El Chacal".
64. Aguas Revueltas".
65. La voz de la sangre.
66. El verdugo espera.
67. Tres cabezas.
68. Las Damas del Arco.
69. La fortaleza sitiada.
70. Manada de lobos.
71. Una familia peligrosa.
72. La dama del mesón.



Editorial BRUGUERA - Barcelona

Notas

1 *Véase “Las tres cabezas”*< <

[2] *Véase “Las tres cabezas”*<<

3 *Véase “Las tres cabezas”*<<